

Martín Lucía
Jesús Morata Moya
Lola López Díaz
J. Luis Calvo
Beatriz González Gallego
Andrés Ortega Martínez
Juan Carlos Rodríguez Búrdalo
Ángel del Valle Nieto
Antonio J. L. Contreras Marín
Jesús Pino
Concha González-Nieto
María Antonia Ricas Peces
Antonio Illán
Inmaculada Gómez Vera
Juan Carlos Pantoja Rivero
Vanessa Jiménez García
Reyes Santiago Ostos
Joaquín Copeiro
Rafael J. Pascual
Paco Morata
Enrique Galindo

HERMES



Hermes VI, Toledo, 2008

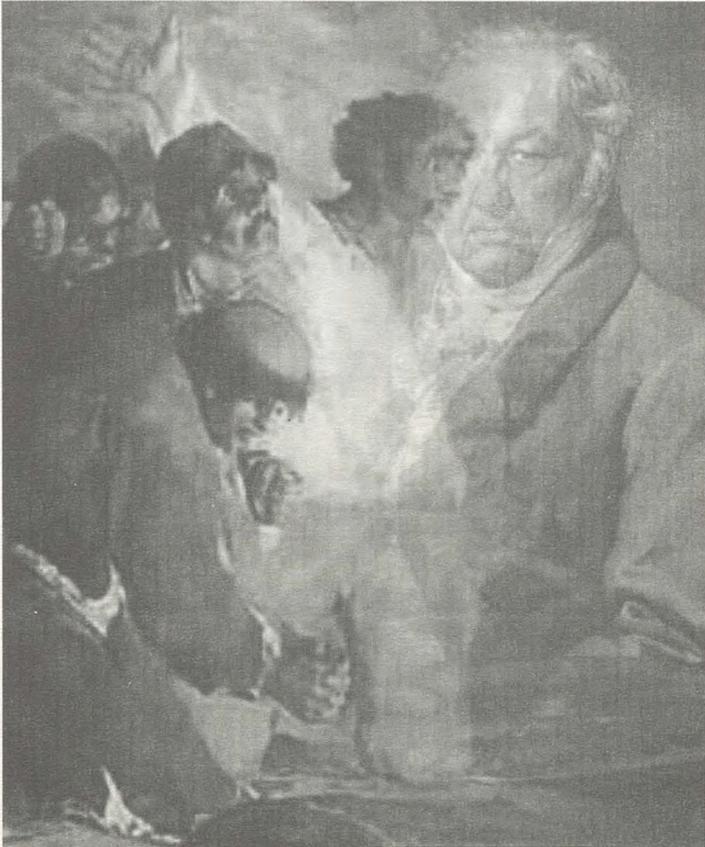
Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 6



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO
2008**



Martín Lucía

violetas en el Helicón

*A TERE, la labor:
siempre hay aire en tus manos,
agua en tus labios,
aliento en ti toda.
Gracias.*

Cançó de Na Ruixa-mantells

Oigo la voz, hebras de voz,
hebras de mar...
y más aún es bella su cabeza tostada.

Marchó.
Su cuerpo en mis brazos,
su sombra, a la espalda de todo.
Y más aún es bella su cabeza tostada.

Ya me sé amanecido entre lirios,
entre lirios de mar,
hebras de hambre y soledad...
y más aún es bella su cabeza tostada.

Es cálida y fría la voz
de la noche última,
del alba primera...
y más aún es bella su cabeza tostada.

*.. Descalça i coberta de roba esquinçada.
corria salvatge. botant pels esculls:
i encara era bella sa testa colrada,
la flor de sos ulls. ..*

Cançó de Na Ruixa-mantells. Jardí tancat
(María del Mar Bonet)

Sacerdotes

Sollozo,
vals último, certero,
voz última, piano,
certero llanto, certero,
mar tranquilo, muerto,
calmo,
violetas yermas de coronas...

la muerte ya en verso, sonora,
y su pálido color en mi frente...

Perfil acipresado
en el albor incierto
del vals de la última aurora,
ingrato piano...
la muerte ya en verso, sonora,
y su pálido color en mi frente...

¿Quién te escribirá canciones de amor
cuando el alba
sea rocío reposado,
cuando la malva
beba tu lágrima,
cuando
en mi pecho moren insectos,
vacíos y palabras
pendientes?

y la muerte ya en verso, sonora, y
su pálido color en mi frente. . .

*¿Quién te escribirá canciones de amor
cuando yo sea Señor al final
y tu cuerpo, la capilla blanca de un camino
donde mis sacerdotes por ti rezarán?
¿Quién te escribirá canciones de amor?**

Sacerdotes, Omega
(Enrique Morente y Lagartija Nick)

Hope there's someone

Solo encontraron
intenciones, trazos
subjuntivos,
horizontes inconfesados...
brotando
del hombro de los sollozos.

Asumí todo,
sin agravios.
Asumí cada una de las albas
que optaron
por darme conciencia,
por despertarme entre su latir de cuervo criado,
por darme mi nombre en blanco
y negro
y arrojarlo,
por herirme con el rumor de lo diario.

Y fui a ellos.

La esperanza allí fue alguien
que tomó cuidado de mí
cuando anuncié mi muerte.

*Hope there's someone ...
who'll take care of me
when I die*
Hope there's someone, I'm a bird now
(Antony & The Johnsons)

Álfama

A partir de entonces,
la voz siempre fue fluir extraño.
Sus labios, también extraños,
fueron tomando un sabor
a barrio decadente, ya abandonado.
En sus manos, ayer gaviotas,
no había más alas, más rumor alado
que las de, que el de la extrañeza

(su batir gemía flores muertas).

Todo fue raro, extraño
a partir de entonces.
Incluso,
nunca más repasé el favor
de sus ojos,
soles de la memoria,
amaneceres necesarios, pan y sustento.
Todo aconteció de este modo
a partir de entonces.

*«Em cada dia que passa,
nunca mais revi a graça
dos teus olhos,
que eu ame!»*

Álfama
Ainda, (Madredeus)

Cant de l'enyor

Deslizan los días sepias,
las fotografías veladas de los días de juventud,
el rumor inabarcable de todo lo que pende
de los hilos de la inconstancia...
serenamente...
febrero de mil novecientos sesenta...

En estos días en los que tomo notas que ya no leeré (el
tiempo es tiempo),
todo desliza por entre mi cuerpo
y la arena,
por entre mis huecos y el avanzar callado
de las larvas que me vieron nacer...
febrero de mil novecientos sesenta...

El viento estremece los árboles
de la calle distanciada,
reflejo de mi ausencia.
Los insectos, mi diario,
mi panfleto de dudas...
febrero de mil novecientos sesenta...

Haré artificios con mis deseos.
Haré latir mi corazón en mis manos...
febrero de mil novecientos sesenta...

Haré de mis labios el mar acogedor
que mece olas medidas con elegante desmesura...
febrero de mil novecientos sesenta...

Haré de mi pecho el campo germinado, florecido
por la generosidad de tu presencia...

Febrero de...

Aunque solo sea
para decirnos adiós serenamente.

Aunque solo sea para reír
juntos de la muerte.

*• Ni que només fos
poder-nos dir un altre adéu
serenament. Ni que només fos
perquè sentíssis com t'enyo. •*

*Ni que només fos
per riure junts la mort. •*
Cant de l'enyor,
Maremar (Lluís LLach)

First we take Manhattan

Caes, caes, caes,
te haces vacío
por entre mis huecos,
sonata por lo que no quise ser.
Hoy recuerdo
que me amaste como un perdedor...

Te precipitas como el agua que en la ciudad
no sabrá de ningún río,
sonata por lo que no será.

Hoy recuerdo
que me amaste como un perdedor...

Ahora soy alba de luz propia.

De mi pecho salen aves
blancas
que no saben tu nombre.
Y de mi espalda,
periferia ignota por ti,

que no saben tu nombre.
Y de mi espalda,
periferia ignota por ti,
dos alas blancas
de batir
de niño.

Hoy recuerdo que... decidí
tomar lo que me negaste.

Primero tomé Manhattan. Luego, Berlín.

*•Ah you /oved me as a /oser, but now you're worried that I just might
win*

*You know the way to stop me, but you don't have the discipline
How many nights I prayed for this, to let my work begin
First we take Manhattan, then we take Berlin
First we take Manhattan
I'm your man(Leonard Cohen)*

Jesús Morata Moya

si mi abuelo viviera

«Nuestra existencia no es más que una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas. n (Vladimir Nabokov)

Si mi abuelo viviera, seguramente, me diría con retintín que eso de andar solo por el monte es cosa de locos o bandoleros. No sé por qué, mientras camino, me acuerdo de mi abuelo. De las tardes oscuras, juntó al fogón, cuando la cocina despintada se parecía mucho a los boleros de Machín y el Colacao era desayuno y merienda ideal. Él no encendía la pobre bombilla cagada de moscas porque las cataratas lo tenían condenado a un mundo de sombras. Las tinieblas iban ganando la estancia y yo fijaba la vista en el resplandor del fuego sobre el vientre orondo de las tinajas que, como comadres mudas, se solazaban frente a la alacena. Los últimos años vivió aferrado a la ilusión de que yo, su único nieto, sería un hombre de provecho porque era muy listo para los estudios. Ni juez, ni ingeniero, ni notario, si todavía

viviera posiblemente estaría desencantado de ver como soy un modesto funcionario del Ayuntamiento. Y, mientras pienso todo esto, me da un vuelco el estómago al recordar que mañana será otra vez lunes y que, cuando suene el despertador a las siete, tendré que hacer un esfuerzo por volver al trabajo y pasar la mañana entre expedientes, sellos de caucho y compañeros que discuten acaloradamente sobre las decisiones de los árbitros. De vez en cuando me acuerdo también de mi amigo Hilario. Hilario llevaba de cabeza a las chicas del Instituto. Mientras yo me devanaba los sesos con integrales, derivadas y declinaciones, él se dedicaba a vaguear y a fumar bajo la enorme buganvilla del jardín municipal. Mi abuelo pensaría que Hilario ha triunfado en la vida. Ni siquiera le hizo falta el bachillerato ya que heredó el taller de su padre y se convirtió en concesionario de automóviles. Cuando pienso en Hilario, no siento envidia, sino más bien una mezcla de nostalgia y pena por la desilusión que sentiría mi abuelo. Aunque, seguramente, el hecho de que mi amigo hoy sea rico no coincida con la idea del éxito que tenía mi abuelo. También pienso en mi hija y la imagino feliz ya que ella sí hace lo que le gusta: vivir plenamente y ver el mundo con esos ojos grandes y rasgados que heredó de su madre. A veces, una ardilla se cruza por el sendero y me distrae los pensamientos. La sigo con la vista hasta que trepa por un tronco al árbol más cercano. Las personas introvertidas vamos por el mundo, absortos en nuestros pensamien-

tos y se nos olvida prestar atención a las cosas que suceden alrededor. Su madre tiene también los ojos grandes y rasgados. Es lo que más recuerdo de ella porque va para cinco. años y ocho meses que no la veo. Suelo pasar horas y horas andando. Me levanto temprano los domingos, cojo mi coche y me pierdo por los caminos de la sierra: Antes venía conmigo mi amigo Esteban. A él también le gustaba andar por el monte, aunque lo hacía mayormente por lo de la diabetes. Nos conocemos de toda la vida. Estudiamos juntos en la escuela y también en el Instituto, siempre en la misma clase. Cuando éramos pequeños nunca querla venir a casa del abuelo porque le parecía una casa muy oscura. Esteban ahora lo recuerda y se ríe, pero jamás supo explicarme bien por qué le daba tanto miedo aquella casa. No estás en el mundo, pasan cosas a tu alrededor pero no te enteras ni de lo bueno ni de lo malo. Ser una persona caracol que se esconde tras la coraza. Los caracoles se esconden porque sienten miedo. Basta que una brizna de vida les roce las antenas para que se metan corriendo en el caparazón. Persona, caracol, más caracol que persona o, tal vez a partes Iguales. Ves cómo tu hija se va alejando de ti. Tu hija, tu única hija. Se va alejando pero no te preocupa, sabes que es por su bien. Si quería crecer tenía que abrir las alas y salir de aquel círculo ancestral y cerrado. Era bueno que saliera al extranjero, que supiera idiomas, muchos idiomas, aunque yo tuviera que renunciar a aquellos viajes que tenía previstos por vaca-

ciones. Ahora ella no renuncia a nada. Vive plenamente y hace bien. Nada ni nadie la ata. Hace unos días visité a mi amigo Esteban. Ya no puede venir conmigo de paseo y, de vez en cuando, le hago una visita. Jugamos al ajedrez, oímos música de Bartok o de Charlie Parker y hablamos, sobre todo, hablamos: de nuestra infancia, de lo que pasa en el pueblo, del calentamiento del planeta. A los dos nos preocupa el cambio climático porque los dos tenemos hijos. Desde que tuvo aquel accidente no puede venir conmigo a pasear. Él no tuvo la culpa, el otro coche se le echó encima. Iba por su carril y el otro se durmió. No tuvo culpa de nada pero perdió una pierna y a su mujer. El otro conductor apenas si tuvo heridas. De vez en cuando también visita a mi amigo Esteban. Es viajante. Venía de San Sebastián cuando el accidente y había dormido mal aquella noche. Sólo le faltaban doce kilómetros para llegar a casa y se durmió. De vez en cuando lo visita y le trae algún regalo, pero Esteban se ha quedado sin pierna, concretamente la derecha, y sin mujer. Estuvo un tiempo algo deprimido pero tuvo fuerzas para recuperarse. La vida es así, ¿qué le vamos a hacer? Ahora sigue igual de vitalista que antes. Lo pasamos bien charlando. Jugamos largas partidas de ajedrez al calor de la chimenea y yo mismo preparo alguna cena ligera con lo que encuentro en el frigorífico. Mi abuelo no sabía decir frigorífico. Yo me reía con él cuando decía «frorífico» y al ver que me hacía tanta gracia repetía varias veces la palabra. A él no le importaban

nada todos aquellos aparatos nuevos. Nunca tuvo televisor, para qué, si sólo veía sombras. En su casa tenía enchufada una radio para oír el parte. De la marca «Telefunken». Era grande y tenía un dial redondo y con dos agujas que señalaban el nombre de ciudades de todo el mundo (Tânger, Sevilla, París, Florencia, Lisboa...) Y yo apuntaba aquellos nombres en mi memoria y, cuando volvía a casa, las buscaba en el Atlas y soñaba que algún día viajaría a aquellos sitios, para mi mente infantil, misteriosos y recónditos. A veces, movía los mandos para comprobar si se oían emisoras de aquellas ciudades extranjeras pero no oía nada más que ruidos incoherentes y molestos, como un pitido que se acercaba y se alejaba, hasta que se escuchaba con claridad una voz en castellano que hablaba de los ministros de Franco o de los rusos que habían entrado en Checoslovaquia. Mi abuelo decía «Chuslovaquia», con esa costumbre que tenía de simplificar las palabras que le eran tan extrañas como indiferentes. Quizá Isabel, mi hija, haya estudiado idiomas para cumplir ese viejo sueño que yo tenía de ver mundo. El que sí viaja es mi amigo Hilario. Muy de vez en cuando coincidimos, y entonces me cuenta con mucho detalle el último de sus viajes. Él sí que visita esas ciudades escritas en el dial de la radio de mi abuelo. Esas ciudades que yo jamás visitaré porque tengo miedo a los aviones y porque además no tengo dinero para hacerlo. Hace una mañana limpia, azul y transparente. Sigo paseando y apenas pasa nada fuera de mis pensamien-

tos, salvo que el paisaje cada vez es más espectacular conforme asciendo por la senda. Pocas veces me encuentro con gente en mis paseos. Algún excursionista o a Eusebio, el forestal, que se para a conversar conmigo y recuerda los tiempos en que íbamos juntos a la «escuela nacional», como él la sigue llamando. Y siempre, cuando se despide de mí, me advierte de que no me salga de los caminos, no sea que reciba un tiro de algún cazador despistado. Mi abuelo se fue de este mundo convencido de que yo llegaría muy lejos en la vida. Cuando mi madre me llamó diciendo que estaba mal, yo vivía en Barcelona, terminando la carrera. Quizás, si hubiera cogido el primer tren, habría llegado a tiempo de verlo antes de morir. En aquella ocasión, como en otras de mi vida, lo urgente me hizo olvidar lo importante. Lo urgente era una cita con una morena de pechos voluminosos y encabritados. Si mi abuelo hubiera sabido el motivo trivial de que llegara tarde el día de su muerte, tal vez se sentiría aún más decepcionado. Aquel remordimiento ocupó mis pensamientos durante muchos días hasta que comprendí que por más que nos lamentemos no podemos cambiar el pasado. Aunque, a veces, el pasado nos arroja como un tren de mercancías. Antes de leer la nota que encontré encima de la mesilla comprendí que el desastre que esperaba ya se había desencadenado. Han pasado cinco años y ocho meses desde aquella mañana. MI abuelo manejaba el tiempo mejor que nadie. Se sentaba en el pretil de la casa, al sol y con la gorra

ladeada. Veía pasar a sus vecinos, decía que como sombras tristes. Cuando le preguntaban por la salud siempre respondía que demasiado bien estaba para lo que llevaba «pasao» en esta vida. Pasear por el monte me relaja, me ayuda a manejar el tiempo, como hacía mi abuelo. Me hace olvidar las palabras *prisa*, *preocupación*, *obligación*, esas palabras que se nos clavan en el cerebro y en la boca del estómago alimentando úlceras e infartos. Pasear por la ciudad es diferente. Allí no hay pinos, ni ardillas, ni romeros, pero hay gente. Es interesante cruzarse con gentes de todas clases y mirarles a la cara e intentar adivinar en sus gestos emociones y soledades. A mi abuelo no le gustaba la ciudad, seguramente porque la abuela enfermó joven y durante los meses que le trataron el tumor estuvo ingresada allí en un hospital. El tren era el medio más utilizado entonces por los pobres, un tren incómodo y herrumbroso con los asientos de lamas de metal que, según decía, se te clavaban en la curcusilla. Aquel tren formó parte de los paisajes de mi infancia. Desde un balcón estrecho que tenía la casa de mi abuelo se veía llegar el humo a la estación en la parte baja del pueblo. Y yo, que me sabía los horarios, subía corriendo unas escaleras estrechas y oscuras para ver llegar el ferrobús. Aquella rutina diaria me llevó a las primeras especulaciones sobre el paso del tiempo, como si el mismo tren que veía hoy, y que vería mañana fuera una imagen de días repetidos, de días calcados unos de otros, pero felices en la normalidad y en la escasez. Has-

ta que dejó de venir el tren y se cerró una etapa. Con el tiempo, nos damos cuenta de que ciertos hitos van marcando finales de etapa, cambios que no controlamos. Cambios como el de aquella mañana, hace cinco años y ocho meses en que encontré la nota en la mesita. La nota que vaticinaba el final que esperaba, pero que nunca creí que llegaría. Esteban me confesó que, cuando el accidente, estaba en trámites de separación con su mujer. Sin embargo, la realidad, a veces inverosímil lo precipitó todo. Aquel accidente cambió la vida de Esteban. Ahora confiesa que no se considera ni más ni menos feliz que antes del accidente. Su invalidez le ha hecho cambiar simplemente de actitud ante la vida. Pasados los primeros días en que uno digiere la nueva situación, hasta las cosas más terribles que nos suceden se convierten en normales y cotidianas. Elisa y yo habíamos llegado a un punto muerto en nuestras relaciones. Lo habitual era el reproche en sus ojos grandes y húmedos. El cada día soporto menos tus manías. El no me apetece, vete a dormir a otra habitación. La soledad cotidiana y un muro levantado a base de silencios y de gestos que no entendíamos. La sospecha sobre infidelidades furtivas. La obscenidad de espiar sus pasos y registrar los bolsos, de mirar las llamadas en su móvil. Y después un estruendo de silencios que conduce a la nada. El ya no hay nada entre nosotros y una nota escrita por sorpresa y alevosía para explicar lo inexplicable, o lo que no merece la pena ser explicado. Una nota que acaba con un

conciso Adiós. Mi abuelo me contó cómo fueron los últimos días de la abuela en aquél hospital. Como había perdido el habla, él se arrimaba a ella y le cogía la mano. Pasaban las tardes en silencio, hasta que la enfermera le hacía saber con un gesto que la visita había terminado. Debió quererla mucho. Cuando hablaba de ella, se le enrojecían los ojos y yo notaba en su rostro un gesto que aún ensombrecía más la estancia. Me duelen los pies y un poco la rodilla derecha pero disfruto del silencio, ese silencio cómplice y misterioso que hay en la cima de las montañas. Ese silencio que echo de menos en el piso céntrico y caro donde vivo porque mi ex mujer se empeñó en ello. Siempre conseguía lo que quería. Ahora que vivo solo pienso que debería vender aquel piso y cambiarme a otra zona más tranquila. Sin embargo, quizás por pereza o, por la ansiedad que me producen los cambios, no me decido a dar el paso. Desde la cima, casi a mil seiscientos metros, los días claros como hoy se puede ver el mar a lo lejos. El pico se llama de Encina Rubia porque en la cumbre hay un roble centenario. A la sombra del árbol hay una roca como a propósito para sentarse. Adormecido por el suave aletea de sus hojas cierran los ojos y siento bailar los pensamientos. Como el tren de mi infancia, pasa a lo lejos el rostro del abuelo, huérfano de luces, rodeado por la penumbra de la habitación. Percibo el gesto irónico de Esteban y la fatua opulencia de Hilario. También pasan por mi mente los ojos achinados de mi hija que se confunden con

los de su madre. Pienso que tal vez una vida vacía se va forjando a fuerza de pequeños pasos en falso o simplemente es el resultado natural del devenir de los días. Y entonces tengo que abrir los ojos para no desfallecer de soledad y vértigo, por la herida que en mi alma produce el paso del tiempo.

Un buitre negro, mientras tanto, vuela en círculo e indiferente sobre mis pensamientos.

[Relato Ganador en el XIII Certamen Literario «Federico Balart» de Pliego (Murcia) 2007]

Lola López Díaz

seis acrósticos

Mar profundo
Al paio
Tú y yo.
Rincones de algodón
Incandescente.
Memoria anudada
O caos.
Nosotros.
Intervalo infinito
O amor

Corona de abrazos que
Oculto la noche en una
Burbuja de cálido aliento.
Istante minúsculo
Jamás suficiente
Olvido de ser.

de**L**
rumor del alm**A**
confiado el amo**R**
sobrevuel**A**
fuga**Z**
el inviolado vaci**O**
remolino en suspensi**ÓN**
ráfaga de volunta**D**
que inerm**E**
acuna**S**
la antigua incertidumbr**E**
queriéndola blandamente adonnece**R**

rompiente canti**L**
que meces el agu**A**
en reposado quebrant**O**
perpetuo acaricia**R**
los bordes de m**I**
pie**L**
espera estéril**L**
de la incumplida aventur**A**

Lazo de nudos levadizos
Altamar
Vasta quietud.
Inacción que, poco a poco, te
Diluye.
Ansiedad de hacer
Sometida al
Eterno retorno de las olas;
Detenida
En la lisura de la arena
Tibia, terciopelo que la mano
Ilumina vagamente.
Ensueño somnoliento
Navegando
Entre brumas de dulce negación.

Nítido abismo de
Obstinada penumbra.
Conciencia que bulle en el filo
Tembloroso del sueño.
Utópico
Resplandor de la
Nada. Perpetua marea de antigua
Orfandad.

J. Luis Calvo

De Trala morte de Tristán

Para María José,
por todo, por siempre

Romper o día

O vento, as liñas de luz na neve,
vieiros diferentes para o corazón.
O latexo de incendios plenos na húmida concencia
do abrazo. A relación dun branco amancer
cun movemento lento de corpos espidos,
coa luminosa secuencia da túa voz.
Un silencio divino de transparentes sílabas
sobre o fondo dos piñeiros;
o acentuar da vida
na quente atmósfera dos teus ollos.
Pero o súpeto levantar do sol disipou
a branca presenza. Un canto voraz que suspende

o indefinido desgusto da imposibilidade,
o resón de xestos incompletos
que a memoria aviva.
Non me espanto xa coa túa proximidade.
¡Benvidos, íntimos beizos!
A música da cama sobrepónse
ó canto do vento.

Romper el día: El viento, las líneas de luz en la nieve, / senderos diferentes para el corazón. / El latido de incendios plenos en la húmeda conciencia / del abrazo. La relación de un blanco amanecer / con un movimiento lento de cuerpos desnudos, / con la luminosa secuencia de tu voz. / Un silencio divino de transparentes sílabas / sobre el fondo de los pinos; / el acentuar de la vida / en la cálida atmósfera de tus ojos. / Pero el repentino levantar del sol dispó / la blanca presencia. Un canto voraz que suspende / el indefinido disgusto de la imposibilidad, / el eco de gestos incompletos / que la memoria aviva. / No me espanto ya con tu proximidad. / ¡Bienvenidos, íntimos labios! / La música de la cama se sobrepone / al canto del viento.

Brittania

Dentro,

no fondo do teu ventre atopei as pegadas durmidas da idade antiga,
enigmáticos fachos, pedras graves, cervos solares,
mâmoas, restos insomnes
de arcanos ritos.

No teu embigo ferven os derradeiros diluvios, fonte dos cálidos designios.

Os paxaros voan tecendo os recordos da noite pasada, a inicial,

para que poidamos respirar baixo o trebón de augas turbas e defuntas.

O tempo case destrúe a fraga circular da nosa vida, que penso hirmanada co vento,

mais é o alimento que enche os teu ollos, o alustro que me alonxa da morte,

das aves diestras na anguria,

penso, dos bosques esquecidos pola chuvia.

Se por algunha razón escoitas as palabras do medo pensa nos meus ollos limpos de lique, escoita a respiración profunda da chuvia... e lembra o canto antigo da terra, deixa que o meu peito estoupe, e que o cora-

zón traballe na noite.

Nos meus brazos terás sempre un anaco de vento, e un tobo onde cantar o teu nome.

Brittania: Dentro, / en el fondo de tu vientre encontré las huellas dormidas de la edad antigua, / enigmáticas antorchas, piedras graves, ciervos solares, *mámoas* (1), restos insomnes / de arcanos ritos. / En tu ombligo hierven los últimos diluvios, fuente de los cálidos designios. / Los pájaros vuelan tejiendo los recuerdos de la noche pasada, la inicial, / para que podamos respirar bajo la tormenta de aguas turbias y difuntas. / El tiempo casi destruye la *fraga* (2) circular de nuestra vida, que pienso hermanada con el viento, / pero es el alimento que llena tus ojos, el relámpago que me aleja de la muerte, / de las aves diestras en la angustia, / pienso, de los bosques olvidados por la lluvia. / Si por alguna razón escuchas las palabras del miedo piensa en mis ojos limpios de liquen, escucha la respiración profunda de la lluvia... y recuerda el canto antiguo de la tierra, deja que mi pecho estalle, y que el corazón trabaje en la noche. / En mis brazos tendrás siempre un trozo de viento, y un refugio donde cantar tu nombre.

(1) *Construcción megalítica peculiar de Galicia, en forma de mama.*

(2) *Preferimos este término, también castellano, al de «robledal», por ser más específico de esta forma de bosque en las tierras gallegas.*

Traducción de Gonzalo Enguita

Beatriz González Gallego

inventando el sabor de la ambrosia

¿Intuyes que la alondra que anidaba
en tu nombre, tras letras prohibidas,
entre sueños agita las aldabas
del amor dormido y abre su herida?

¿Saben esas pupilas que anudaban
la pasión a una mirada cohibida
que fue su luz -cicutu que extasiaba-
mi muerte, más mirada que bebida?

¿Auguras qué agridulces los excesos
de buscar en tu piel la fantasía
de caricias nonatas y de besos?

¿Sabes que amarte es dura celosía
que hace vivir amando desde lejos,
inventando el sabor de la ambrosía?

meditaciones de doña rosita

Ha mojado la lluvia tu presencia.
Tiene tu amor una humedad extraña.
Llueve, y tu amor deja por el patio
un rastro de retamas.

Baña la inquietud estancias y muebles,
ríe en las margaritas su impar danza.
Mi casa es un andén donde las flores
esperan tu llegada.

El tiempo detenido, de puntillas,
espera tras la puerta, y se aletarga
y el certero son no ha devorado aún
el cuerpo de las dalias.

La lluvia barre el polvo de los días
del rosal de pasión y de mi alma.
¡Amor!, cuánta impaciencia diluida
colma las blancas calas.

Gota a gota, flor a flor, se desbordan
los afluentes que nutren la esperanza.
Llueve entre las flores, y la juventud,
ya sin flor, aún te aguarda.

Andrés Ortega Martínez

Ayer te maté, hoy te escribo

Entre las patas de una silla
lentamente avanza, ajena,
distante, casi desconocida,
fuera de las miradas,
en su suceder no apreciado,
como sol que se eleva sigiloso.

Invisible durante la noche,
cuando los monstruos reposan
esperando la jornada,
ella olvida el avance informativo,
la celulosa y el cromo.

Está al margen,
donde nadie descubrió nada,
y desde su vida de enredo
camina en soledad,
sólo rota cuando se muestra
aplastada como en una fotografía,
y siempre tras su previo
y monstruoso asesinato.

Memoria

Vástago de años famélicos que atrofiaron su vida,
y amante frustrado de una libertad que nunca llegaba,
creció Saturnino en tiempos de almogávares,
tiempos donde la muerte vivía en acequias, cunetas y
barrancos.

Su quehacer diario tenía por leitmotiv el sonido de unas
campanas,
que desde lo alto de la fría iglesia hoy tocaban a muerto,
haciendo de flautistas de Hamelin para labradores
que olvidados dejaban en el campo sus aperos,
y para mujeres que por un tiempo desatendían sus labo-
res
para dedicarse al duelo y la plañidería
por la muerte de un vecino, llamado Saturnino,
que en época umbría vino a vivir a este mundo
por muchas generaciones ya olvidado.

Don Bukowski de la Mancha

En la nevera medio limón desde hace unos meses, algu-
nas bebidas desventadas y un *tupperware*
salmoneloso.

La cafetera está día y noche trabajando mientras el fregadero espera ser liberado de tanto cacharro abandonado al olvido.

El balcón es una colección de macetas muertas en la sequedad y aridez de la tierra.

El húmedo ambiente se condensa y su olor impregna las ropas, colchones, cortinas...

El polvo vela los muebles, los esconde a la luz, y les hace envejecer rápidamente.

En las sillas se agolpan libros, recortes y otros papeles; las memorias de un autor cansado de ser considerado autodestructivo.

Llueve, desde la mañana no ha parado.

Las calles de este barrio bañadas en melancolía no han visto pasear hoy a los artistas que por aquí acostumbran a desfilan su fama. Hoy sólo Don Bukowski se atrevió a empaparse.

Al regresar de las calles desiertas y cansado por el peso del agua, prepara el café que le acompañará en su lectura, que trémula e impaciente sobre la mesa espera ser devorada.

Mientras tanto la lluvia constantemente golpea la ventana como pidiendo resguardo, y el *blade runner* se embarca en excesos como en una postal «goldiniana».

Autorretrato

Su *imago mundi* no iba más allá de donde alcanzaban las piedras que de su mano salían, pensaba que con su fuerza de infante podría alcanzar cualquier lugar que se propusiese.

Un día, las puertas se le abrieron de par en par y descubrió que había lugares donde no llegaban sus piedras, descubrió que su fuerza no era nada y que él apenas era nadie más allá del libro de familia y de aquellos pocos que le conocían.

Hasta entonces, las únicas amenazas que había encontrado en su vida no pasaban del perro callejero que por el pueblo al caer la noche deambulaba; del río profundo que tenía prohibido cruzar; y de unos bichos de los que sus maestros en el colegio le habían hablado, y que al parecer podían vivir entre su pelo. Pero un enero de mano de su abuela, despertó ante lo inexorable.

A pesar de todo rechazó la ayuda espiritual que un hombre de negro le ofrecía, y se aventuró a descubrir su

reino lleno de caminos y viajes, un encargo que había sido hecho al despistado Dédalo, quien olvidó incluir un catálogo de despiece.

El hombre de la nariz arácnida

«Sexo» es una palabra fluorescente, como de neón, que este hombre huraño, de uñas negras cortadas a navaja y dientes ahumados (amarillos como el sol dibujado en los libros de cuentos), nunca había conocido.

En su cara heredada de los sulfitos del vino destacaba la conjuntivitis, pero sobre todo era imposible no fijarse en su nariz, de la que salían pelos-pértiga como patas de araña que asoman desde su escondite en un agujero. Quizás por ello y por su afición a la televisión vespertina de sucesos nunca había encontrado un amor de quien desenamorarse y con quien practicar juegos carnales.

Pero esta mañana el bingo le ha hecho una mueca, y con su compañero Sebastián piensa conocer, a sus cuarenta y dos, los placeres ocultos entre las calles del antiguo barrio chino.

Academia de peluquería

Cada mañana, de camino a clase, paso por la academia

de peluquería «Juani» donde me gustaría entrar armado con una Leica para retratar a esas *barbies* anónimas que sueñan con salir algún día en televisión, *britneyspearses* y *parishiltones* en potencia, hijas de la cultura *Spice Girl*, rubias de bote bisuteadas a las que a la salida esperan sus musculosos, tatuados y bronceados de andamio novios en tirantes apoyados sobre una moto con cara de perdonavidas. Esas jóvenes que visten la vanguardia de una moda de mercadillo, esas reinas de latón y de oropel son mi fetiche, y cada mañana, de camino a clase, cuando paso por la academia de peluquería «Juani», imagino que me acuesto con alguna de ellas.

Juan Carlos Rodríguez Búrdalo

El sueño de unas rosas

Mujer: bien sé que lastima la nieve,
lo absurdo de impostar el porvenir.
Pero tan blanco como entonces fuera
escribo estos versos, ya tal vez últimos.
En este ventanal de tanto invierno,
mi gratitud por haberle ganado
algún oro al otoño de mi vida,
por volverlo adolescente contigo
para mí. También quiero asegurarte
que tu recuerdo, tus libros, tus cosas
todas pondré alejados del rencor,
allí donde nunca será preciso
cepillarles la roña del olvido.
Y decirte también cómo deseo
recuperes esa paz que la vida,
implacable contigo, te ha negado.
Tu ventura quiero como la mía,
aunque habiten la noche del silencio.

Sé que mis fotografías no ocupan
aquel lugar que quisiste para ellas;
ya sin amor, destrúyelas, amor.
Y con ellas las cartas que atestiguan
qué feble niño puede ser un hombre,
su inocente fragilidad, palabras
blancas que albergan memoria de mí.

Activo ahora la oportunidad
de pasar unos años en Lisboa.
Allí, sobre la tierra que sufrieron,
los cielos que soñaron, leeré
a Florbela Espanca, Torga y Eugenio
de Andrade. Tal vez pueda traducir
los sonetos de Antero de Quental.

Quiero pensar que en tu corazón brasas
dejan rescoldo.

Sonará el teléfono
alguna tarde, hasta que cualquier día
el nevero de tu voz evidencie
que he muerto, acaso para siempre muerto.

Con un cielo de abril decapitado
te mando el sueño de unas rosas rojas
y el cálido despojo del abrazo
de este invierno mío,
el abrazo último.

Ángel del Valle Nieto

Gratitud

Gracias, Señor, por este día.
Gracias por permitirme que lo goce
en esta longitud y latitud,
las justas coordenadas de la dicha.
En otros paralelos, en otros meridianos,
arrasará la ciega inundación,
o temblará la Tierra en terremotos,
o escupirán su lava ardiente los volcanes... ;
quizás, Señor, alguna bala...
Aquí, no; en este paraíso tuyo,
en la fértil terraza cuaternaria
que levantó el amor del padre Tajo,
las lluvias abren a la arcilla
sus olores profundos y entrañables,
el magnolio nos muestra sus secretos más íntimos
y la hortensia se extiende por calladas umbrías.
- Está, ya ves, más alta que mis nietos... -
Las rosas han vencido a las camelias;
las celindas regalan sus sonrisas.

Enloquecen sus vuelos las palomas
presagiando la cópula inminente
y a su nido acarrea la cigüeña
materiales de vida y esperanza...

Gracias, Señor, por este día,
por esta longitud y latitud,
por estas ondas del sereno río
que acompañan las horas y los besos
de la tierra bendita en que nací.

Vela rendida

Salgo de mí
desde la libertad de lo más íntimo.
Y aunque tú no me veas ni me esperes,
me llego a ti
volando pese a todo.
Y me quedo a tu lado
mirándote y soñándote,
sin otro sentimiento
que el que nace de ti,
como barca en la cala
con la vela rendida,
sin más posibles vientos
que aquellos que me vengan de tus mares.

Antonio J. L. Contreras Lerín

Lo sencillo

Desde este lugar, que es Toledo, yo te escribo,
para hablarte de la rosa y de la escarcha,
de las cosas que prosiguen hoy su marcha
y de esos asuntos sencillos que percibo.

Y es que las horas no deben ser testigo
ni de rechazos ni de penas que nos llegan;
debemos ser los dueños de juicios que nos ciegan,
y debemos encontrar al buen amigo.

Y el amigo está en todo lo sencillo,
en esas cosas que pasan sin un ruido,
en los seres que creemos que se han ido,
y en esos asuntos de poco valor y ya sin brillo.

Licor amargo

Fue a las cuatro de la tarde,
con un tiempo algo frío;
la joven se tambaleaba
en un columpio sin tino,
con una visión sin miras,
como una flor sin rocío.
Sus amigas la dejaron
no muy lejos de ese río,
donde la luna se mira
en las noches sin testigo.

Las guirnaldas de la euforia
por las calles se han perdido,
y los vientos se las llevan
por senderos con espinos.

¡Ay qué pena me dio
esa flor con desvaríos!
Y yo me quedé con la duda:
¿qué hice yo para ser rocío?

El deseo

Humana es esa quimera
de hallar la pobre vitualla,
que hace saltarnos la valla
del sé y no saber lo que era.

Desear es cosa ligera,
que alumbra y también acalla
el ardor de esa batalla
muy fúnebre y lastimera.

Desear es una hoguera
que miente y también se calla,
que siempre nos avasalla
y siempre nos lacera.

Desear es una carrera
en medio de grave malla,
enfrente de una muralla,
y al lado de una ceguera.

Y para que el deseo no hiera,
hay una ciencia que no falla,
la que dice: «el que más halla
es el que menos espera».

Jesús Pino



El pájaro cagón

La ornitología no escatima gozos ni rehuye prebendas espirituales a quienes se aventuran en los líricos y aéreos dominios de las emplumadas especies. Ornitología es vocablo canoso aunque de espíritu juvenil y aventurero. Fue en 1817 cuando anidó en las frondosas ramas del diccionario de autoridades y desde entonces ha ido empollando polluelos, no muchos, aunque de vario y aterciopelado plumaje fonético: lo ornitológico, el ornitólogo, la ornitomanía, el palabro ornitodelfo que, eclosiona en 1927 pero no se recoge en 1936, tal vez porque fuera llamado a filas o encarcelado o exiliado, ¡vaya usted a saber qué ocurrió en esos azufrados tiempos!, y por fin, en 1970, el enigmático ornitóctero, completando así la familia semántica de esa parte que fue de la Historia Natural hasta 1956 y luego de la Zoología, y que se ocupa del estudio de los pájaros. ¡Oh, sí, de esas deliciosas, místicas y adorables bestiecillas!. Y a bote pronto y oportunísimamente en convergencia con mis actuales lecturas, consigno, a efectos de vanidosa erudición,

dos opiniones sobre los dichos animalúnculos: la una del premio Nobel Imre Kertész: «una golondrina al borde del camino, como un trapo tirado. Alitas color azul humo, cuello encarnado, ojos asustados que no comprendían nada. Hasta las golondrinas, con su vuelo en zigzag, mueren. Y eso que casi no son seres vivos, sino *espíritus ligeros, alegres, aleteantes*» (DIARIO DE LA GALERA); la otra del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, Ryszard Kapuscinski: Observa el vuelo de un pájaro/*hay un momento en que se olvida de todo/ algo lo exalta* (POESÍA COMPLETA). Pues, bien. A pesar de tan eminentes opiniones quiero dejar constancia de que no todo el monte es orégano y ni es oro todo lo que reluce. El tordo Eufemio Constelo Albío, ni se merece elogio alguno ni debería figurar en el catálogo de las avecillas del campo. El tordo Eufemio Constelo Albío es malo malo, realmente malo y de malas intenciones. El susodicho Eufemio se posa en la alambrada del jardín y emite unos gorgorismos pastosos y herrumbrosos que le descalifican del ontológico paradigma de los mirlos y zarzales. Es un sonido cenceril y carrasposo, de hojalata y orujo, urraqueño y agraz. Un ruido áspero, tal y como debe ser su alma. El tordo Eufemio Constelo Albío lleva viviendo por estos parajes muchas estaciones. Solitario y pendenciero ataca y espanta a los delicados gorrioncillos que picotean las migas de pan en el jardín, a las pajaritas de las nieves que corretean por las baldosas de la terraza y a los cromáticos abejarucos que huyen a esconderse en sus madrigueras. Es, por tanto, consecuencia ló-

gica que el tordo Eufemio Constelo Albío y un servidor se oíen a muerte. Un odio seco, avinagrado y renal adensa el aire cuando se cruzan nuestras miradas. Un odio cavernícola, cuchillero y reptil ensucia la luz del mediodía cuando nos acechamos vigilantes. Un odio pútrido, pantanoso y carroñero aroma las madresevas y las yedras cuando a su graznido contesto con mi puño cerrado y agresivo. Odio al tordo Eufemio Constelo Albío y sé, bien lo sé, que él me odia a mí. Yo he intentado capturarlo. Con liga, con ballesta, con redecilla, con reclamos electrónicos... Incluso llegué a plantar un algarrobo para aplicar la sofisticada técnica prohibida del *parany*. Pero, nada. Se escapa, se escabulle, se libera y vuelve a la carga, vuelve a su condenada batalla contra mí, a su impertérrita lucha contumaz, miserable y maquiavélica; vuelve una vez y otra vez cada mañana, cada mediodía, cada atardecer a maltratar mi paciencia, mi serenidad, mi limpia, inocente y acomodada placidez burguesa. El tordo Eufemio Constelo Albío espera, aguarda, sopesa el momento, analiza la velocidad del aire, su humedad relativa, mi paso bajo el pino de la calle, y entonces, ¡craggg! con precisión brutal expele un latigazo de mierda pura y negra, una cagada líquida y feroz, un trallazo de pulpa olivarera que alcanza mi frente, resbala y resbala por mi cara y llega hasta el brocal del corazón como un alquitranado triunfo, repugnante y chorreoso, que me amarga la vida.

Concha González-Nieto

Anadolu

El fraseo del mar sobre los ojos,
lo que nos dijimos,
el interior de las manzanas,
el aire con su rostro de pastelillos dulces,
el aire y su visión del mundo,
la seducción de lo extraño,
el trato amable de una sombra,
el definitivo silencio balbuceando mi nombre.

La espalda dando la espalda a un muerto,
la nobleza de la plata,
el lecho del cormorán sobre mi mano.

La desposesión del tiempo,
los pies amando el frío de las algas,
la desposesión del tiempo.

Los objetos mudos, aquella nube,

las paredes blanqueadas,
la luz de sus antiguos dioses,
el primitivo telar retomando las horas,
las horas sobre la mesa,
las horas, para las manos, nítidas,

las horas como playas extraviadas,

la desposesión del tiempo,

la memoria serena,

la desposesión de la memoria.

Esta noche
el incansable fondo
del armario
gime
con su cansada orquesta
de gritos centenarios.

Busca
el silencio primitivo
el baile desnudo
de la voz
en la madera.

La sed de la lluvia
en el espejo.

Formas que se unen.

Expiración de sombras
en fuga

hacia la cicatriz
de los desvanes

hacia el final piadoso
de la luz.

María Antonia Ricas Peces

Algunos poemas mirando a Matisse

1

Cortina amarilla

Mi estancia se cuida de la melancolía de julio.

Estoy a salvo del lanzador de puñales, del silbido de las armas cerca, clavándose en otros corazones con ojos tapados.

Una temperatura de ausencia y de vago estremecimiento.

Una postura de mi gato despreciando amorosas correrías cuando la luz caliente fachadas de cal hasta cegar.

En la calle cunde un dolor de asfalto, mezcla de muerte, destellos de furia, y varios trazos de no todo está vencido.

Una temperatura de espejo ahumado, sin aristas.

Pero la ventana abierta enseña el metal de los peligros: penetra el aire que adora la urdimbre de la cortina; su

trama cierno soplos curiosos, movimientos sin domar, ráfagas de encapricharse con la penumbra de la habitación.

Se agitan mundos al levantarse del reposo el tejido.

Se abalanzan climas que desconozco cuando la ligereza de la colgadura flota, se ahueca, se iza horizontal y se abandera sobre el país de piedra en tregua que me envuelve.

Y algo vivo pero filtrado del dolor muda a dorada la curva negra del gato, su soñolencia.

Y se abre un inciso de puñales apacibles en la melancolía.

2

La ventana. 1916

El invierno tiene un color distinto al de la nieve dentro de la casa.

Un matiz de azulejería esmaltada cubre de verde la penumbra y la respiración.

No hay nada pesado en el frío; siluetea la mesita de té donde alguien dispuso leves flores malvas en el búcaro. Nada que acalore la alfombra de la ausencia.

Es mejor no distinguir el rastro de aquel a quien amá-
bamos, que su sillón se desdibuje. No sirven los objetos
frotados por el amor cuando el amor se desmenuza en
partículas verdes.

Nada hinchado o pesado.

Una limada medialuz penetra desde el jardín con la
humedad, con el mantillo amasando detritos: hojas, ca-
parazones, valvas, delicadas naturalezas que palpó nues-
tro amor en las mañanas de las resucitaciones.

El frío cauteriza o depura. Sólo permite un barniz verde
tras el llanto.

3

Polinesia: el cielo

Oh, pintor, algunos poetas tienen gatos meditativos que
mayan al tiempo, a la necia contemplación de su pasado.

No todos los chiquillos fueron felices ni en sus caballitos
de palo alcanzaron Saturno.

Mientras los gatos lloriquean hay japonesas voladoras
planeando con sus kimonos abiertos y disparatando la
melancolía: este cielo de dos azules equivoca a los delga-
dos poetas como Herman H.

Polinesia: el mar

Pintor, ¿sabías que a las chicas más bellas no les impresionaba Pollock? Oh, dicen, realmente nada que vaya al temple, al óleo, nos hiere. Sólo las casitas de turrón o manualidades de colores las embelesan.

Marchitará la rosa el viento que provoca con efimeros abalorios. Entre tanto, el mar. Buscando el mar la primavera no se cansa de ser siluetas de anémonas enamoradas, pájaros rothko, mantas raya matisse.

La única primavera nada entre los dos azules del agua del mar.

4

Lujo

Entrecierra los ojos para que estas nervaduras de tiempo no te cieguen: un exceso rebasando la proporción que la felicidad nos asignaba en el reparto, rara manera de regalar una profana gentileza demorando el día.

El resplandor comparte con nosotros sus guijarros policromos; nos vinculan sus núcleos de tiempo nada más, preciosas piedras que atesoran destellos de una sustancia fugitiva.

calma

Que nada entorpezca el apetito del mar. En la quietud de su balsa no se presiente un animal irascible que nos alcance. Lento, constante en su insistencia, el ritmo palpa lechos ancianos de la arena y adormece el pecado de los cristianos.

Próximo tal vez, alguien quiere someterse a la muerte, acabar de morir, separarse de su suplicio, hallarse fuera de su cuerpo.

Con la acompasada confianza de espuma es imposible el sufrimiento.

y voluptuosidad

Nuestros sentidos se despiertan en la temporada del gozo.

Ven, disfruta conmigo de la curva afectuosa de la piel.

Puede que el mar, mañana, de pronto, nos devore.

*(Los poemas llevan los mismos
títulos que las pinturas de Henri Matisse)*

Antonio Illán

no soy Ángel González

Hoy sé que no soy Ángel González,
que los lugares propicios para el amor se han acabado,
que el invierno está lleno de mentiras
que vacían el alma de ternura
y la llenan de hastío e indiferencia.

Hoy sé que no soy Ángel González,
me quedo con el recurso que me ofrece:
andar solo y huir... Huir,
porque el olvido no es posible mientras viva.

Hoy sé que no soy Ángel González
y que no voy a beber este trago
con la alegría que él se bebió tantos. No sé hacerlo.
No sé vivirlo...

Sí aún algo pudiera pedirte...,
aunque sé que no soy Ángel González,
y tú quisieras dármelo...,

solo dime la verdad...
aunque me duela
y me cercene el único deseo
que querría encontrar en tus labios:
un rayo de esperanza.

Escucha silente

Escuchar es el regalo
que nos damos
cada día.

No oír.

Quiero escucharte
como quien se asombra ante la palabra de un sabio.

Te escucho
y reconozco el camino de amplios horizontes
que van más allá de la divergencia
y me acercan a ti
y a esa inteligencia colectiva
que ha tenido que avivarse
con el veneno del sufrimiento
para crecer frondosa.

El conocimiento conduce,
nos arrastra suavemente,
a los afectos, al profundo desafío

de vivir en la confianza de un octosílabo
que surge frente a un semáforo
y nos adentra en la mutua pertenencia que no oprime,
porque penetra sus raíces en la potencia de la escucha,
de la curiosidad, de la libertad y del respeto.

Escuchar. Escucharte.

Salutación del optimista que predispone el ánimo
para la caricia, para el beso
o para navegar las mansas corrientes
de lumbre que nunca se agotan.

Espero...

tu luz

Sombras a mi lado, luz en el tuyo.

Incierta es la vida.

La verdadera felicidad, acaso la única,
proviene de comprender este principio.
Aceptar el cambio es la esencia
que cercena las angustias.

Sombras a mi lado, luz en el tuyo.

Luz diluye negrura si se acerca
o convierte en piedra oscura el oro
de la encendida pasión, si alejándose,
se oculta en el vientre de los volcanes.

Herida de amor la luz me ha envuelto,

huyan las palabras sobre las nubes,
esta mañana azul tan de Toledo.

...

No espero, no esperes,
precisos momentos de concordia.
Empieza ahora, ya. Hazlo, no te importe.
Si esperas, nunca dejarás de esperar

no nos arrebatará
la llama que no quema ni consume.

variaciones "TTQ"

I

El día, tu sonrisa.
Titilas en la noche.
¡Qué de cerezos en flor!

II

La luz verdea en tus ojos.
Te resplandece el gozo.
¡Qué suspiro tan hondo!

III

Sueñas campos de amapolas.
Chispean tus pupilas.
¡Qué delicia tan suave!

IV

Galopan caballos en tu pecho,
como el centellear de las estrellas.
¡Qué suspiro tan blanco!

V

Tiembla de amor, amor.
¡Oh! ¡qué dulce herida!
Amarillean las hojas de los chopos.

VI

Una brisilla agita la sombra de los tilos.
El mar se dulcifica en tu mirada.
¡Qué de sueños para soñar juntos!

VII

A punto de estallar el botón de la rosa.
Toca levemente la yema de mis dedos.
¡Qué sostenido relámpago te recorre la vida!

VIII

Trepidando hasta abrazar el horizonte.
Sonrosado es el sofoco.

¡Qué río de luz en tu cara!

(Variantes: *¡Qué río de luz entre tus piernas!*
¡Qué río de luz sobre tu piel!)

IX

Palpitas como la flor que se mece
y el aire se serena.

¡Qué emoción tan transparente!

X

Titilar, resplandecer, chispear,
Centellear, temblar, agitar, tocar.

¡Qué trepidar! ¡Qué palpitar!

Inmaculada Gómez Vera

Equilibrio

Claridad, espanto, miedo.
Temor al beneficio de una verdad absoluta:
el beso de una ola en tu talón, sostenido por la
/minúscula arena.
Llega. No la sientes. La intuyes y te asombras,
te contagian sus palpitaciones.
Sus mareas, arrecifes, caracolas, se dibujan en tu
/mente,
pero una leve millonésima la arrebatada de tu tacto.
Decreciente, vuelve a sus profundidades
dejando la huella de su manto, y su espuma
que combate ante tu piel por la supervivencia
marchita e inexorable de un segundo,
suficiente para que el sentido del exacto equilibrio
/ponga cada cosa en su sitio
y lo insólito despierte una cuestión: ¿gesto es amor?

El ruido de la incertidumbre velará ese espacio
que al despertar descubriré que sólo haber pensado
/en ello
te ha introducido en el equilibrio gozoso que otros,
antes que tú, pudieron aventurar
invitándote a una fiesta con derecho a admisión.

El agua marcha,
Lejana, a articular otros besos;
la piel, trémula, sigue abrasándose
con la soledad del aire.

¿Es hora todavía?

Lenta, tan lentamente que siempre he tenido
/la sensación de llegar
cuando el tren de vía rápida había salido de la estación:
con cara boba de ¿aquí qué ha pasado?
Tarde al amor, tarde a la libertad, tarde al delirio,
/probablemente tarde,
también a tus ojos y a ese inmenso fuego que atrae
/mi atención
en una tarde de lluvia fina y delicada.
Tarde lenta para el ahogo, para la depresión,
para el consuelo, para creerlo.
Infinita lentitud que se queda con cada momento de
/tu respiración

y goza soberanamente al compartir ocho losas de
/granito
de las que hay que apartarse para que el otro pase.
Estar preparada en todo momento para extender tus
/músculos
en la mesa de sacrificios del carnicero que con un
/hacha extremadamente afilada
se dispone a cortarte el poco ala que ha quedado de la
/lucha anterior,
o podar las dos ramas con las que das la bienvenida a
/la lluvia y a las golondrinas
que, en vuelo rasante, llevan aletas de tiburón que
/sesgan cualquier sueño
y lo esparcen por el asfalto,
o lo guardan en el nido y alimentan nuevos plumones.

pasarelas de hierro

1

Por largas cabelleras de metal crispado discurren las
/vidas:
la tuya, la nuestra.

Invisibles atravesamos sus auras,
traspasando una piel desierta de caricias que se
/enreda

en la maraña de la impaciencia
y, deshaciéndonos de las palabras sin dueño,
las adherimos a paredes pintarrajeadas,
reveladoras de nuestra existencia.

Carecemos del arte de la magia para alumbrar conejos
y mucho menos para depositar estrellas en el suelo.

Perdimos hace mucho tiempo la gracia de los pantanos
y, desde el arca de los tiempos,
compartimos con los sapos el arte del eructo.
Y somos felices... e infelices.

2

Aquí estoy, sentada, fijándome en tus manos
que sostengo entre mis palmas.
No sé si me corresponde tiempo, lugar o escenario,
ni sé por qué mis pies me han traído
hasta este banco:
sé que me siento bien,
sé que, a veces, me paro y observo la lava
y ese incandescente manto de naturalezas muertas
ansiosas por arrastrar todo lo que viene al paso.
Y, en el borde mismo, yo; más que nunca,
dirigida por la tierra, me detengo:
y a mis plantas, enlunada y ensangrentada,

pasa la vida,
entre tus llagadas manos y mis palabras.

Una ciudad: la mía, la tuya,
acordonada por palmeras sin raíces cuyos frutos
/suspendidos
depositan obscenamente su argamasa de lodos
/infecundos
en los cuévanos metálicos de un proceloso océano
/de piedra,
demanda su sinrazón asediada por un espejo de
/bulliciosas espumas,
insolentes, necias, que se arremolina buceando en
/sus arenas
denostando la bravura enaltecida de vientos y mareas,
/lo mejor de su cosecha.

Fundadores que dejaron las acequias por el vidrioso
/oro
de caprichosos vértices anaranjados persiguen
/sumergidos
en sus cenicientos autómatas y en el tecleo de sus
/motores
el cadencioso pañuelo de la bella Lola,
mientras lisonjean la graciosa ocurrencia de un patán
que agraviado por la iracundia de la luna

derrama sobre el camino hebras de una estela
/pisoteada con emboque a sal.

¿Qué remedio traerán las sirenas a este hombre de
/aristas afiladas?

¿En qué poza verterán su ignorancia?

¿Qué accidente mudará la pátina de las algas cuando
/sus cristales exasperen la podredumbre?

Mira el mar y no ve más que agua.

Observa las piedras y no distingue más allá del asfalto.

El aire galantea con sus poros mientras recompone el
/gesto de la adversidad.

Soñoliento pisotea la vida y, ansiosamente, husmea
/su peoría

cual perro diligente de un idolatrado azogue que
/antes o después amarilleará.

Juan Carlos Pantoja Rivero

extrañas llamadas telefónicas

La llamada me había sorprendido, pero no me llegó a preocupar, ya que era consciente de que muchas veces la gente se confundía al marcar un número; no era la primera llamada de este tipo que había contestado desde que tuve conciencia de la existencia del teléfono. Por eso no le di ninguna importancia y la olvidé a los pocos minutos, en cuanto retomé mi tarea en el jardín y me puse a transplantar geranios y a recortar el romero que había crecido demasiado al borde del camino que llevaba a la pérgola. Solo durante unos segundos pensé en lo absurdo de la pregunta que me habían hecho cuando descolgué el teléfono y dije diga, un tanto extrañado con las palabras que había oído. Un gracioso, pensé, pero enseguida descarté esta posibilidad, tal vez por la seriedad y el aparente recato del hombre que me hablaba al otro lado. ¿Cómo?, pregunté, y él volvió a repetir la pregunta, en voz más baja, como si se avergonzara de hacerla o temiera que otra persona pudiera oírle además de yo. No, dije, creo que se ha confundido... El otro colgó sin decir nada, con una prisa que no logré

entender, pero que denotaba de nuevo una intranquilidad en él. Mientras volvía al jardín, sus palabras corretearon un instante por mi cabeza, crípticas e incomprensibles, como salidas de una profecía medieval. Pensé que esta equivocación no era como otras anteriores a las que había tenido que atender: no era una voz de anciana preguntando por Justina, ni una mujer joven que decía mi nombre pero que no preguntaba por mí, sino por otro que, casualmente, se llamaba igual y debía de tener un teléfono con un número parecido al mío; ni siquiera era la voz de un chiquillo gastándome una broma. Quien se había equivocado esta vez al marcar un número era un hombre, al parecer joven, quizás tímido y, sobre todo, portador de un mensaje inusual, extraño, con un deje burlesco en su contenido que contrastaba con la rectitud del interlocutor. No es que fuera imposible que el bromista supiera mantenerse serio, pero el hecho de que no pasara adelante con la presunta gracia anulaba, a mi entender, toda posibilidad de que se tratara de una broma: ¿qué sentido tenía hacer una pregunta como esa y, cuando más perplejo estaba el inocente receptor, cortar la comunicación sin más? Pensé que la gente estaba loca y que nunca terminaría de entender a mis semejantes, antes de volver al jardín, cuyo trabajo me distraía de las preocupaciones diarias y hacía menos larga la ausencia de Clara, que llevaba una semana muy atareada en el trabajo y volvía a casa tarde; entre las flores, los setos y los parterres se me escondían el aburrimiento y la soledad, dejándome relajado y

satisfecho.

Lo que sí me inquietó un poco más fue la segunda llamada, unos cincuenta minutos después de la primera. Fui al teléfono contrariado por tener que abandonar de nuevo mi labor, pero sin acordarme ya de la llamada anterior, que sí se hizo presente, en toda su plenitud, cuando oí la pregunta que me hacía mi interlocutor, un hombre de voz joven también, pero no el mismo de antes, como tampoco fue la misma su pregunta. Este dijo: yo tengo un piso en el centro, discreto, no muy grande; ¿podría valer? Me mantuve callado, sin saber qué contestar, durante unos segundos, antes de decirle que no entendía su pregunta y que sospechaba que se había confundido al marcar el número. Entonces él me dijo con decisión cada una de las cifras de mi teléfono, todas correctas; y añadió: ¿no es ese? Tuve que ceder: sí, es ese, pero no sé de qué me habla. Entonces él volvió con la pregunta incomprensible que me había hecho el que llamó antes. No supe qué decirle, pero percibí una impaciencia en su voz que me hizo reaccionar de forma contundente: ¡no diga sandeces!, le dije. ¡Oiga, que el anuncio lo ha puesto usted! No me salga ahora con remilgos, afirmó él. ¿De qué anuncio me habla? El de la chica, está en un montón de farolas, con su número de teléfono repetido en tiritas, para que la gente coja una... Yo no he puesto ningún anuncio en las farolas, le interrumpí antes de colgar el auricular. Si mi rechazo al teléfono era algo conocido por toda mi familia y por todas mis amistades, este tipo de llamadas me desazonaba todavía más

y me hacía odiar a ese aparato que era capaz de robarme mi tiempo, lo más valioso. El simple sonido del timbre desmenuzando el silencio era suficiente para que una sensación desagradable me recorriera por dentro, preludiando una conversación las más de las veces vacía e insustancial. Tal vez me estuviera volviendo un maniático, pero no podía evitar sentir una marcada repugnancia hacia el teléfono. Clara me dice siempre que soy un exagerado, y que el teléfono es una cosa muy útil, pero para mí no tiene más que inconvenientes, en su constante y persistente presencia en la vida moderna.

Volví a mi jardín, con la conciencia incómoda a causa de la respuesta agría que le había dado al hombre que acababa de llamar, y por la violencia latente en mi acción al colgar el teléfono airadamente. Miré el reloj y vi que faltaba muy poco para que volviera Clara, lo que quería decir que se me había pasado la tarde entre las llamadas y la incomodidad de su contenido: la claridad del cielo, en los días finales de septiembre, contribuyó a que no me diera cuenta a tiempo de que el día estaba acabando. De mala gana empecé a recoger los utensilios de jardinería, asumiendo que había llegado el momento de dejar el trabajo.

Cuando llegó Clara yo ya tenía preparada una cena fría, como a ella le gustaba en verano, con una ensalada de pasta y una selección de embutidos variados, pulcramente colocados en pequeños platos. Todavía los atardeceres eran cálidos y apetecía cenar en la

pérgola del jardín, uno de los lugares que más nos gustaban de nuestra casa. Hablamos de cosas sin importancia, del agobio que le estaba produciendo a Clara el trabajo extra de los últimos días, de lo poco que quedaba ya de verano, de la necesidad de darle una mano de pintura a la barandilla de la pérgola. Yo ya había olvidado las llamadas telefónicas de la tarde cuando el timbre volvió a sonar, primero a lo lejos, en la casa, y luego en el teléfono portátil que Clara se había llevado al jardín, que emitía la señal de llamada con un cierto retraso con respecto al fijo. De inmediato recordé mis conversaciones con los dos desconocidos y, sin saber por qué, intuí que quien llamaba ahora lo hacía para insistir en el mismo mensaje extraño. Clara cogió el teléfono y habló:

-Diga...

Mientras ella hablaba, yo me levanté y paseé por la pérgola, oyendo sus palabras y adivinando las de su interlocutor. ¿Cómo dice?... pero, ¡usted es un perverso!..., ¡claro que no soy yo, ni sé de qué me está hablando...! Luego colgó, apretando con furia el botoncito del teléfono que servía para cortar la comunicación.

-¡Menudo grosero! ¡dijo enfadada, mirándome con gesto preocupado, con el teléfono aún en la mano.

-Te ha preguntado si la chica estaba buena, ¿a que sí? ¡intervine yo sonriente.

-Sí ¡contestó Clara-. ¿Cómo lo sabes? Y no te rías, que a mí no me hace ninguna gracia.

Le conté las dos llamadas de la tarde y le pedí perdón por mi risa, que más que otra cosa significaba per-

plejidad: era una risa amarga, motivada por la confirmación de mis sospechas cuando oí el timbre del teléfono.

-Pues este tío cerdo me ha dicho que solo de oír mi voz ya se estaba empalmando, y que si era yo la chica podía ir preparándome para gozar como nunca, que le ponían cachondo las putitas compartidas.

No pude evitar reirme otra vez, ahora por el contenido de la conversación que estaba contando Clara, tan surrealista, y el contraste con la seriedad y el enfado de ella, que le daban una expresión que me resultó encantadora.

-¡Si te sigues riendo, me largo! ¿Vale? ¡No sé dónde coño le ves la gracia a todo esto, que pareces tonto!

-¡Perdóname, perdóname, Clara! ¡imploré aún sonriente, cogiéndole una mano y besándosela muchas veces-. Es que llevo toda la tarde con las llamaditas...., y te has puesto tan seria mientras repetías las palabras del tío ese...

-Pues luego, como ha visto que me estaba enfadando, me ha preguntado: ¡ah!, ¿pero no eres tú la que quieren compartir?

Volví a reírme; era ya una de esas veces en las que no se puede controlar la risa, y cualquier palabra la acrecienta, por poco graciosa que sea. Clara reaccionó de inmediato.

-¡Me voy, te lo había dicho! ¡dijo al tiempo que iniciaba un movimiento hacia la casa, soltándose bruscamente de mis manos.

-¡no, no, Clarita, por favor! Ya no me río más, te lo prometo ûy fui tras ella, y la retuve cogiéndola de un brazo.

Me miró con una mezcla de incredulidad y de enfado terrible, pero se detuvo, sin decir nada. Luego volvió junto a mí hacia la pérgola y se sentó.

-¿Qué significa esta llamada? ûme preguntó, como si yo tuviera la culpa de lo que estaba ocurriendo. Sin duda mis risas incontroladas la inclinaban a pensar que yo tenía algo que ver con el asunto, que quería gastarle una broma de mal gusto, qué sé yo.

-No tengo ni idea ûle dije-; ya te he dicho que esta tarde han llamado otros dos tipos haciendo preguntas similares...

-¡Pues alguna explicación tendrá, digo yo; no es normal que esto ocurra! ¿No te parece?

Estaba muy enfadada, preocupada incluso, pero yo no tenía una respuesta para sus inquietudes.

-Se equivocarán, Clara. A lo mejor nuestro teléfono se parece mucho al de un puticlub...

Me miró y no dijo nada. Yo tampoco estaba muy convencido, ya que no era fácil que los tres que llamaron se confundieran ese mismo día, sin que nadie se hubiera confundido nunca antes. Sin embargo, tampoco era imposible.

En medio de nuestro silencio volvió a sonar el timbre del teléfono, desagradable e impertinente, con una resonancia burlona. Clara no esperó, cogió de nuevo el teléfono inalámbrico y preguntó airadamente:

-¡Diga...!

Pasaron unos segundos antes de que Clara volviera a hablar.

-¡Ah Feli, eres tú! Perdona, hija, pero creía que iba a ser otra vez un imbécil que lleva toda la tarde llamando para cachondearse. Ya se pone. Es tu hermana -dirigiéndose a mí-; toma.

Mi hermana Feli, la pequeña, que había puesto mi número de teléfono en el cartel del piso, no me importaba, ¿verdad?, que se le había olvidado decírmelo, pero que estaba segura de que no habría llamado nadie todavía, con lo difícil que es conseguir una compañera, ya sabía que ella tenía un móvil, de hecho me estaba llamando con él, pero como se pasaba todo el día de una clase a otra, en la facultad, en la escuela de baile, en el gimnasio, pues no lo encendía nada más que al final de la tarde, yo lo entendía, ¿a que sí?, por eso dio mi número, no me importaba, ¿verdad?, lo que pasaba era que hasta ahora mismo no se había acordado de decírmelo, pero no habría llamado nadie, seguro, aunque había puesto el cartelito en muchas farolas.

Cuando colgué el teléfono, las palabras de mi hermana revoloteaban por mi cabeza, sin orden, veloces como habían salido de su boca. Le dije que claro que no me importaba, que yo informaría a quien llamara de las condiciones del piso y que luego se lo diría a ella. Clara no había dejado de mirarme mientras estuve hablando con Feli (aunque mejor habría que decir mientras estuve escuchando a Feli), y cuando terminó la conversación

(¿el monólogo?) preguntó:

-¿Qué quería?

Se lo conté.

-¿Un cartel con lo del piso? ¿Todavía no ha encontrado compañera? No entiendo por qué no ha puesto el número de su móvil; todo eso de las clases es una tontería: ¡Si aún no ha comenzado el curso!

-Ya sabes cómo es: está medio loca...

Clara se mantuvo en silencio después de mis palabras, como si estuviera pensando algo muy importante. Finalmente dijo:

-Vamos a dar un paseo y de paso a ver si vemos algún cartelito de Feli; con esa locura que tiene vete a saber qué habrá puesto...

-¿Qué va a poner, Clara? ¿dije algo molesto.

-No sé, cualquier cosa, no ves que no para, de un sitio a otro, como si siempre le faltara tiempo para todo... Fíjate que ni siquiera te había dicho que había puesto los cartelitos...

Clara tenía razón, Feli era un encanto, pero vivía acelerada. En casa siempre la habíamos llamado doña Prisas.

En la calle se estaba bien, aunque ya empezaba a refrescar. Caminábamos despacio, de la mano, sin hablar casi, dando vueltas cada uno al enigma de las llamadas telefónicas, mirando las farolas de la calle en busca del cartel de Feli. No se hizo de rogar, ya que,

como ella misma había dicho, lo había colocado en muchas farolas. Fue Clara quien lo vio primero, al pasar junto a una de ellas.

-¡Mira, nuestro número! -dijo de pronto.

Efectivamente, ahí estaba, escrito en diez o quince tiritas recortadas, bajo el mensaje que había redactado mi hermana Feli y que no dejaba lugar a dudas: «Se busca piso para compartir chica». Clara y yo nos miramos después de leerlo, y nos echamos a reír; la equivocación de Feli nos había hecho pasar un mal rato, pero había que reconocer que era una equivocación divertida. Ahora nos daba mucha risa pensar en los tipos que habían estado llamando todo el día, menudos perversos...

Vanessa Jiménez García

bajo el signo del sueño

Suelo mirar las constelaciones ávido, como un perro de presa, cuando aún el ojo no se ha rendido bajo el signo del sueño, ya casi al borde la noche. Y esas horas del día, antes de que mi alma caiga en el sopor que antecede a la tristeza, son las más preciadas para mí... Este es el instante en el que escribo, antes de dormir, quizá antes de que deje de ser yo, quizá escriba esto en la hora posteriora de mi vida, de la vida que conozco...

He oído que el cuerpo podría soportar por más tiempo la falta del alimento que la del lecho, pero si alguien supiera cuánto dolor encierra el sueño, mi sueño... Le huyo como un impertinente músico callejero, pues no domino mi espíritu. Y al despertar, sin descanso, también ella me muestra como un reflejo la maldita mueca a la que mi rostro no accede... Por las mañanas, ya de pie, aún me asaltaba el temor de que me mirara, desde algún rincón donde quedó oculta a la luz de alba.

Sí, ella me espía, feliz, sonriéndome de cerca.

He sido un hombre normal, soy como todos: seres cotidianos cuya forma cotidiana esconde alguna arista, aquella que nos distingue a unos de otros. Trabajo, camino erguido, como, defiendo mis manías, a veces me encuentro bien, a veces soy oscuro, duermo, y lloro cuando duermo: esa es mi arista.

Antes de nacer debía tener escrita la maldición del llanto. Si mi madre lo hubiera sabido, si hubiera sabido cuán duro se me prestaría el que a los hombres parece el más grande de los descansos...Esta tarde, mientras desayunaba, sombrío y lejos de mis compañeros como siempre, pensaba en ella. Nunca soportaba el desafío de mi rostro tras el castigo. A mí me gustaba ver sus faenas: cantaba cuando enjalbegaba el blanco patio, con sus batas azules, sudorosa, cantaba, reía como una demente. Mi pobre madre...Mi madre que siempre rehuía mis ojos...-no estás en ellos- decía... Nunca me habló de mi infancia, mi abuela sí. Cuando quedé ciega me acariciaba el rostro, y no me temía. Y me contaba que mi madre se espantaba cuando ya de niño yo soportaba un gesto adusto, sentado en la trona de madera...Una estampa casi esperpéntica imagino: mi madre simulando un avioncito cuchara en mano hacia la boca de un bebé con la mirada y la pose de un cobrador de seguros.

Supongo que de niño fue difícil, pero no lo recuerdo, En

cambio sí mis años de adolescente, en los que lejos de sentirme marginado por mi aspecto sombrío, lo convertí en la seña que todo joven precisa para autodiferenciarse absurdamente, y con gran éxito, pues no era fingida sino real. Y aunque no gocé de popularidad, sí del respeto de mis iguales... Estaba solo, claro, y supe construir un espacio propio, y lo conservé... Después el alma y el cuerpo se hicieron al hábito, y he resistido con todo y con ello también, y la constancia de ser así se me hizo el sitio más seguro y más cómodo.

Hasta que apareció ella. Y desde hace días lo veo: su trabajo de hilandera paciente es algo inexorable, el hilo me está mordiendo... No elegí mi destino, pero no lo evité; y no lo evito, quizá con la certeza de que no está en mi mano el cambio. Creo que por eso la temo. Saber controlar el mundo que me acoge, el lugar, la gente, las opciones, la casa en que habito, el futuro próspero o infame que me aguarde... mi soledad, mi querida y comfortable soledad... es el estigma con el que me cargó alguien, un día, si no yo mismo. Y ahora esa maldita boca de plenitud y felicidad espantosa que me muestra es el augurio de que ha sido puesta para ello. Reside en ella el poder de algo que excede mis dominios, y habiendo cargado toda la vida con el fardo de responsabilidad extrema, se me amarga la boca... Me sabe a sangre si la culminación de la misma está en otras manos; así se abriera otro lugar, uno más alto, o más diáfano, si hubiera la posibilidad de más luz, sería un abismo...

En el despacho me acostumbré a las miradas perspicaces de mis semejantes. Un subalterno con un rostro de mármol... Algunos tipos pensaron que era una farsa, una máscara de hombre duro, otros supongo que me creen similar a una cáscara de nuez. No ríe, jamás llora... La seguridad del que me desconoce es la voz necia que pronuncia tal sentencia. Nadie salvo yo, y ella, conocen mis nocturnas plañideras... Mi madre también lo sabía, para ser precisos. A mi madre le lustraba la camisa con lágrimas en sus brazos y ella aun así cantando nanas... Después nunca más me quiso ver dormir. Yo tampoco lo deseo. No comparto mi cama más que despierto. Dormido sería un despropósito, permitir que alguien soñara al lado del que llora...

Y ella, ¿qué hace? ¿Por qué permanece con esa insistencia brutal de las estatuas?

Descubrí su presencia hace ya unas semanas, pero hoy la he notado más próxima que de costumbre, solo un momento, casi como si acabara de pasar un pájaro. Y llevo todo el día esperando el golpe certero. He palpado las brechas en cada minuto. Incluso en el baño, al toparme con el limpiador de la sexta planta: en el choque noté como si me cortara.

Llevo toda la tarde sintiéndome desnudo. ¡Qué locura! Incluso leí el periódico con los guantes puestos; el contacto me alarmaba y excitaba extrañamente como si tuviera la piel nueva de un quemado...

No sé si será este el día en el que ella quiera arrastrar

me, hacerme cruzar ese umbral, maldita sea... todavía recuerdo amanecer con la cara limpia y salada, y estos ojos amargos que hice míos y cuya pena enorgullece mi faz ante el espejo... y otra vez, tras el dolor pasado brevemente entra el cuchillo de luz entre las rejas y su sonrisa plácida escupiéndome a la cara... como si supiera todo... porque lo sabe de hecho...

Y ahora sigo escribiendo, presa de un terror sin nombre, que es a la vez fe ciega en lo irremediable... No sé... ¿Cómo rebelarme contra la pesadez que alcanza mi cuerpo? Todo esto es como un cáncer... Y, con el sopor, la veo fugazmente colarse entre mis sábanas. Sé que está ahí, espera a que me duerma, sé que mañana seré feliz contra mí mismo...

Fue terrorífico, una señal para el hombre que aún soy, en estas horas previas al final... cuando la vi, la vi, la vi feliz como con cada aurora... arremetiendo contra mi bastión de penas, como cada mañana la vi...

Y algo más, algo por lo que me resisto al párpado cerrado, algo nuevo... algo que ahora... tumbado... me infunde la fuerza de luchar...contra esta insensatez del...

(Movimientos de sacudida con la cabeza, busca el alivio de la vigilia)

ah...algo diferente....oh, lo recuerdo y me estremezco...

allí en el fondo...de la oblicua... pupila, un instante lo vi...allí...

(Estira un brazo, luego el otro para desentumecer los miembros)

estaba... su rostro mismo diminuto...ah...como si el ojo...fuera mío... como si viera...mi reflejo... la mujer que cada mañana me sonríe

(Un ojo se cierra, tras él, su compañero, calor bienhechor)

por un momento... como si su rostro...fuera el mío sonriendo... hoy...no... después del...

(Gran silencio, la larga pausa nocturna, oscuridad...)

hoy, puede...no...y si ho...y s...

Duerme.

Reyes Santiago Ostos

Quisiera estar esta noche cerca de ti.

Poder mirarte a los ojos.
Ver mi reflejo en ese mar azul.
Me gustaría acariciar tus mejillas.
Que cogieras mi mano
y la dirigieras hasta tus labios
para besar mis dedos uno a uno.

¿Dónde estás amor?
No oigo tu voz en mi oído,
no veo tus ojos azules,
no siento tus labios en mi cuerpo
ni tus manos en mi mejilla.

Quizás el rumor de la tormenta
es tan fuerte
que no te deja oír
mis quejidos.

Tal vez, los besos que recibes
ahora, son tan suaves

que no dejan espacio a los míos.
Tal vez las caricias que recibes
ahora, son tan vigorosas
que tapan las mías.
Tal vez los ojos que te miran
ahora, son tan azules
que olvidaste el dulzor de la miel
que se derretía todas las noches
cuando contemplaban tu rostro.

Tu pelo bajo mi mano.

Tu mirada en mis ojos.
Tu piel sobre mi piel.
Tu cuerpo rozando mi cuerpo.
Siento todo tu ser en mi ser.

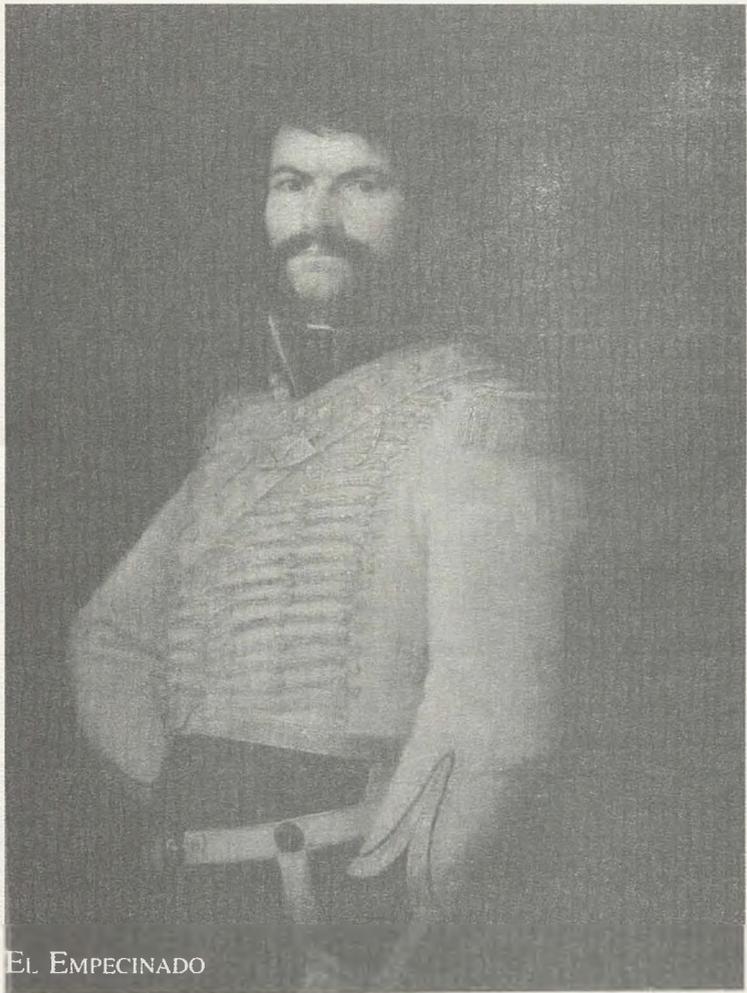
La luna asoma su nariz roja por el horizonte.
La luz se apaga a nuestro alrededor.
A lo lejos se vislumbra el atardecer.
A mi lado, sobre mi hombro tu cabeza.
Acaricio tu pelo.
Intento ver tus ojos.
Beso tus labios.
La felicidad se puede tocar con la manos.

El ocaso ha llegado a su fin.
El sol se abre paso.
La luz inunda la habitación.
Busco tu mirada.
No está.
Sólo queda el hueco que has dejado en la almohada.

El día es luminoso.
Demasiado.
Mi vida no lo es tanto.
La felicidad se marchó con la noche,
junto a tu cuerpo, tus labios, tu mirada.
La felicidad se fue en el momento en que te marchaste.

Te busco por la ciudad.
En vano.
Ni siquiera te has quedado
en el mismo lugar a vivir.
No quieres saber nada de mí.

Cuando sale la luna
vuelves a mí.
El espejo refleja tu figura.
Estás en mis sueños.
Estás en mí.
La felicidad desaparece
cada vez que sale el sol.



EL EMPECINADO

Joaquín Copeiro

los casados infieles

I

María Elena era su nombre,
María Elena, mar y playa,
María Elena, mar sirena.
María Elena de mi alma,
que el día en que nos casamos,
su noche, su madrugada,
fuimos felices los dos,
tú en mi lecho y yo en tu cama.
Y cada vez que al teclado,
imprudente, se sentaba,
en su magín emergían,
¡ay conciencia!, estas palabras
que en las crestas de su pulso,
como dardos, la agujaban.

II

Pero ya no podía más,
todo me importaba un bledo:
las siete de la mañana,
el bollo y el café *espresso*,
las recetas de la tele,
los telediarios, el tiempo,
los seriales, las tertulias,
el fútbol, los cotilleos,
el vendedor de promesas,
las sorpresas del cartero,
los noviazgos de sus hijas,
sus cuitas, sus devaneos,
los noviazgos de mi hijo
-burlador, jeta, torero-,
y el curro de Marco Antonio:
lejos de casa, muy lejos,
sin fin hasta luz de luna,
acidez, ronquido, muermo
y un despertador, tic-tac,
maldito ladrón del sueño.

III

Por eso se decidió:
biblioteca, muchas horas,
navegación, *blogs*, *webs* santas,
magia de teclas y bola,

números, *control-alt, supra*,
el misterio y una ola
de intriga y sensualidad,
a las cinco, terca hora,
fiebre a las cinco, a las cinco,
palabras que, cuando asombran
el blanco de la pantalla,
me turban, me desmoronan,
el corazón se despeña
y la sangre se desboca.

IV

«Y dicen que está muy cerca
de Barajas, y escondido,
que reina la discreción,
que es el mejor escondrijo
para amantes internautas,
elegantes, sin marido,
elegantes, sin esposa,
elegantes y sin niños,
que el primer viernes de mes
quieran holgar en un nido,
nido de amor y de flores,
con *jacuzzi*, cava y vino.
Allí quedamos el viernes,
a las siete. Con cariño».
Y entonces degustaremos,
Lorenzo, bien escondidos,

*la ambrosía de los labios
y el néctar de los ombligos.*

V

A las cinco de la tarde,
Marco Antonio cierra el *Excel*:
se acabó ya la función,
a estas horas no se vende,
pero hay que ocupar el tiempo,
por si acaso llega el jefe.
Y si llega, sólo un clic
para cerrar presto el *messenger*.
Pero no rompe la siesta;
me llama, mas nunca viene.
Y como todos los días,
conversará con Penélope.
Le gusta cuanto le escribe,
con sus cosas se divierte;
en cambio, con María Elena,
en los tres últimos meses,
no me he jalado una rosca,
ni me he dado un mal filete.
«Me parece bien, de acuerdo,
quedamos para este viernes.
Conozco el sitio. Un amigo
me ha hablado de él. A las siete».

VI

A las siete de la tarde,
un viernes de enero blanco,
al garaje del hotel,
cauteloso, ha penetrado.
*En media hora, Penélope
vendrá a las doscientas cuatro,
que no hay quien quite a la cita
media hora de retraso;
mas en albornoz, con cava,
feliz la estaré esperando,
y le diré con un beso:*
«quítate de encima el hato,
toma una copa de cava
y juguemos un buen rato».
Llegadas las siete y media,
en efecto, hay contacto:
tres golpecitos modosos
en la puerta. ¡Sobresalto!
Mas Felipe, controlándose,
a la puerta se ha arrimado,
el albornoz entreabierto
y el deseo redoblado.

VII

*Ya siento las vibraciones
que vienen de la madera,*

*y el sudor de las axilas
y el picor en las orejas
me anuncian que, en esta noche,
tocaremos las estrellas,
nos beberemos la luna,
viajaremos en cometas,
llegaremos al cenit,
a lo más alto, a la cresta
de la pasión y el amor,
la locura, la belleza,
la fiebre, la risa, el llanto,
la alegría o la tristeza,
el nacimiento de Venus,
la madura adolescencia,
las caricias de las ninfas,
el sabor de las cerezas,
la fragancia de las flores,
entre violines y perlas,
porque contigo, Penélope,
daremos con la manera
de ser felices los viernes,
aunque el resto no se pueda.*

VIII

*¡Ya presiento tu presencia,
Lorenzo, mi amor, mi vida,
tras la puerta que separa
tu desazón de la mía,*

*y que me sobra, me estorba,
me distancia, me castiga,
que los segundos son siglos
cuando la fiebre domina,
y yo ya no me conformo,
no soporto las mentiras
de teclados, de ratones
o de pantallas furtivas,
ni lo de dar al espejo
los gestos que a ti daría,
de lanzar besos al aire,
de hacer al aire caricias!
¡Quiero tu cuerpo, Lorenzo,
que en el mío se derrita!*

IX

«¡Penélope!» «¡Madre mía!»
«¡Lorenzo!» «¡Ahí va, mi madre!»
«¡Si yo pensaba que tú...!»
«¡Y yo, que tú por la tarde...!»
«¡Así que, cuando salía,
el ordenador delante,
el tiempo lo dedicabas
a concertar con tu amante
una cita clandestina
en clandestinos parajes,
para endosar unos cuernos
a tu marido! ¡Diantre!»

«¡Y tú, cuando yo te hacía
trabajando, sin escape,
en tu oficina siniestra,
cual esclavo miserable,
por cuatro malditas perras,
a destajo, por las tardes,
ligabas con una zorra,
y para luego endilgarle
a tu mujer unos cuernos,
te citabas con tu amante
en este hotel de pecados
y delitos deleznales!»

X

Dieciséis horas más tarde,
María Elena y Marco Antonio
en la casa familiar
se han quedado los dos solos:
ni su hijo, ni sus hijas
violarán su dormitorio,
pues se han ido a la montaña
con su novia y con sus novíos.
Siendo, pues, las doce en punto
en noche de Capricornio,
los dos amantes adúlteros
se tornan fieles esposos:
María Elena no es Penélope;
ni Lorenzo, Marco Antonio;

Penélope es María Elena
y Lorenzo, Marco Antonio.
Por tanto, puede afirmarse
que, en este relato sobrio,
una enseñanza subyace
sin tapujos, sin adornos:
«lo que te enfermó te sana»,
que dijo un ilustre anónimo;
porque el correo y el *chat*,
con su poder misterioso,
de esposos hacen amantes,
mas, antes que tarde, pronto
echan a los pecadores
al brazo el uno del otro.
Y así concluyó el asunto,
no en ruptura, no en enojo,
sino en reconciliación,
al notar con alborozo,
que volvieron a elegirse
uno a la otra y la otra al otro.

¡Y colorín colorado
este cuento se ha acabado!

Rafael J. Pascual

Para Nuria, inspiradora de altos vuelos.

No siempre suceden las cosas tal y como nosotros esperamos, ni se escribe la Historia como creemos que vamos a oírla. Para muestra bien pueden valer estas líneas en las que en sus protagonistas -pero también cualquier otro- podremos reconocernos, para convenir en la aplastante evidencia del pozo de sorpresas que es la vida.

Renqueábamos en el bus de las 17:30 horas camino de Madrid, con ánimo de evitar el denso tráfico posterior, y libres ya de nuestra dedicación laboral diaria. Conversábamos con ayuda de las ideas compartidas que se dan en los viajes de ida y vuelta del trabajo. Nuri, compañera de fatigas, había comenzado contándome algunas anécdotas sin importancia, para pasar después a aquella historia tan seria, ya en la parada del autobús, mientras esperábamos con resignada paciencia la llegada del coche.

Exponía los hechos con la chispa de ánimo que le es propia, sin disminuir por ello el dramático carácter del suceso que narraba. Todo había comenzado al referirme su retraso matinal en el trabajo, a causa de su amiga Loli. La pobre chica sufría serios dolores traumatológicos que llevaba años tratando de eliminar infructuosamente. Por vez primera en mucho tiempo, se le había abierto una nueva esperanza en la visita a un médico especialista de un hospital de Madrid. Pero era tal el estado de nervios que tenía, que solicitó ayuda en la compañía de Nuri para el momento de la entrevista con el doctor de marras.

La cita había sido a alguna hora de la mañana que no recuerdo -si es que me lo llegó a decir- pero, por lo que contaba, no parecía que los inicios de la misma hubieran sido muy lúcidos y esperanzadores. Para empezar, había que reconocer el deprimente contexto en que se desarrollaría el encuentro. Según Nuri -y yo la creía- los baños de la discoteca Joy Eslava a las cuatro de la mañana de un sábado, podían considerarse en perfecto estado de conservación y limpieza -un lujo, vamos- en comparación con los del hospital. Por descontado juzgué inoportuno pedirle detalles, por más morbo que estos pudieran dar al relato de los hechos. Parece que el aspecto del sitio en general no era el más apropiado para sentirse henchido de confianza. Tal y como me lo pintó, francamente, hubiera sido preferible pasar la noche con Norman Bates y su madre en un apartamento de verano

de la Costa Brava.

El caso es que después de recorrer lúgubres y pesadillescos pasillos al estilo Lovecraft, Nuri llegó con su amiga al despacho del doctor. Sus impresiones acerca del hombre parecían claras: se trataba de un tipo chapado a la antigua. En palabras de ella: *de la vieja escuela*. Yo trataba de situarlo, por los detalles, en la esfera de discípulos y colaboradores directos de Ramón y Cajal, mientras Nuri continuaba adelante con su oscuro retrato. En efecto, en la descripción del dedicado médico brillaban con tesón los rasgos propios de quien se empeñaba en convencerla de su perfecto estado de revista, y de que, exceptuando la docena de frenéticos ataques que la obligaban a otras tantas bajas laborales, su cuerpo serrano estaba preparado, nada más y nada menos, para desfilarse con garbo por la pasarela Cibeles.

Loli se afanaba en persuadir a su interlocutor de que lo suyo iba más allá de dos dolores de espalda que se presentaban diariamente con la puntualidad del AVE, al parecer sin mucho éxito. La multitud de preguntas que deseaba formular se desvanecía en la angustia de una situación que no le daba margen de credibilidad ninguna, y ya estaba dispuesta a claudicar y hacer una reverencia al estilo *Obi Wan Kenobi*, *eres mi última esperanza*, cuando Nuri acudió en su ayuda. Mientras Loli asistía impotente al quebranto sistemático de las palabras ahogadas en la congoja, su amiga planteaba al

médico preguntas referentes a las cuestiones más espinosas que aquella, en su momento, le había referido.

El escepticismo y el escaso convencimiento se reflejaban en la cara del médico a pesar del relato desesperado de Loli. Ella apenas demandaba un último acto comprensivo que la llevara a la mesa de operaciones, donde una oportuna intervención, sustituta providencial de los tratamientos paliativos que no habían hecho efecto alguno, acabara con su padecimiento.

-No puedes imaginar cómo era aquél hombre -me aseguraba llevándose su pequeña mano a la frente, como para ocultar una compungida mirada.

Yo me estremecía en el asiento del autobús, acompañado ocasionalmente por los saltos que daba el coche en la autovía, sólo de oír las descripciones que hacía mi compañera sobre aquel tipo desconsiderado. Unidas a las anteriores vistas del hospital y de su entorno, creía vivir el reflejo de una historia lúgubre y terrible, presa del más alto desánimo y la frustración que produce el lamento no escuchado de un ser doliente.

Después, Nuri pasó a comentar con expresión incrédula el cambio impredecible que se había operado en el médico, cuando este admitió de buena gana la posibilidad de la intervención que ansiaba Loli. Se diría que en el transcurso de los minutos precedentes, con su recha-

zo y sus propuestas alternativas, hubiera hecho sufrir a propósito a aquella pobre chica, torturándola innecesariamente por el mero y corrompido deseo de asistir a su queja desconsolada. Cuando admitió la futura operación como un hecho más que probable, el rostro de Loli se iluminó como por encanto: una nueva esperanza se abrió en su corazón ante aquellas palabras.

-Yo creo que puede hacerse sin ningún problema -reprodujo sus palabras graves y certeras-. Es más: creo que pasa ahora mismo por aquí al lado el cirujano que te va a intervenir, así que si quieres puedes hablar con él.

Aunque esta inesperada noticia parecía llegar de la mano de la buena suerte, el relato de los hechos que hacía Nuri alcanzó otra tensión, adquiriendo un tono grave y profundo en sus siguientes palabras.

-No puedes imaginar qué tío -dijo en referencia al cirujano, llevándose de nuevo la mano a la frente y bajando la vista.-

-Horrible, ¿no? -pregunté con la voz cogida en un puño, temiéndome ya un nuevo y definitivo revés en el transcurso de la historia. Ella negó alzando la cabeza como impulsada por una extraña energía.-

-¡Estaba como un tren!; ¡estaba buenísimo!

Creo que mi expresión pasó de la congoja más profunda al pasmo más decidido en un instante. La de Nuri, por su parte, brillaba con el poder que le prestaba el fuste de una piel rejuvenecida y clara, distante de la anterior apagada y triste. Sus ojos castaños destilaban chispas y una sonrisa agradecida al recuerdo se dibujaba en su rostro, sin posibilidad alguna de otra interpretación. Supongo que la emoción le impediría percatarse de mi gesto en aquel momento, mientras sus argumentos se deshacían en justificaciones con las que convencerme de los valores intangibles del cirujano: una altura de metro setenta y tantos, el cabello castaño oscuro cortado muy a ras, y en su preciosa cara los ojos grandes y rasgados, castaños, bajo unas cejas muy bien definidas. Por fin, coronando este conjunto de rasgos en la solución triunfante del *súmmum* de la belleza masculina, una boca muy sexi -¡te lo juro, Rafa!- y una nariz de tamaño medio y atractiva. Pero no sólo la radiografía física de su rostro había encandilado a las dos niñas: en efecto, aquella bata verde (Nuri siente debilidad por las batas) dejaba entrever su cuerpo musculado, atlético, pero aún así nada artificioso, como si hubiera nacido ya con aquella constitución de macho nacido para la envidia, el deseo y la admiración de sus congéneres.

No obstante, también su personalidad y su carácter habían hecho mella en ambas. En palabras de Nuri: *serio pero agradable, de mirada intensa y habla muy profesional, dirigiéndose a las dos así, con esos maravillo-*

sos brazos cruzados sobre el pecho, ofreciendo en sus gestos confianza y entrega total a la paciente. Tras intercambiar algunas impresiones y dar su visto bueno al éxito de la operación, llegó finalmente el último impulso que Loli necesitaba, al serle propuesta una próxima cita.

-¿Qué te parece si te pasas el miércoles y hablamos de todo?

Mientras comunicaba como podía mi perplejidad a Nuri, ella seguía relatándome los pormenores de las subsiguientes escenas, y todo detalle conducente al nuevo estado de ánimo -esperanzado, risueño y trastocado- de su amiga Loli, con la que había bromeado sobre la idea de quedar con el cirujano en el bar más próximo, a fin de preparar el preoperatorio. Pero ya nada era igual en aquella historia: ese hombre se había metido por medio y se había hecho con ella. Tampoco la imagen sonora de su nombre -cuando Nuri me lo dio- pudo desvincularse del retrato que ya había dibujado de él: Avelino Pajarón. Había algo en este que se pegaba a tus oídos y no podía caer en el olvido. Desde luego no era el típico nombre con el que puede identificarse a un Adonis en las crónicas del patrimonio escrito, oral y audiovisual de la Humanidad, pero quizás por ello le otorgaba a aquella narración un crédito y una pátina de credibilidad que no parecía, a bote pronto, discutible.

No obstante, teniendo en cuenta todas las cosas, y

poniendo en la balanza los detalles trágicos y retorcidos de la dolorosa peregrinación de Loli, junto a aquellos otros, desconcertantes, con que continuaba el relato, me dije a mí mismo que no podía ser. Era imposible que aquella historia fuera cierta, o al menos el modo en que había llegado a mí, aunque hubiera de confirmar mi fe en la honestidad y ética de Nuri, quien jamás ha mentido y no tiene por costumbre hacerlo. Mi confianza en la veracidad de este relato tenía que ser absoluta y total. De repente, todos aquellos datos: los lúgubres pasillos, la nueva felicidad y la esperanza, Avelino, la bata verde, la cita del miércoles en el bar para el preoperatorio, Pajarón, etc. se mezclaron con fuerza centrífuga para formar una solución explosiva que acabaría en una receta como esta, en la que a pesar de todo parecía faltar algún detalle pero que acababa así: un desenlace feliz y un final descacharrante.

Coincidiendo con el término de nuestro viaje, me dediqué a rumiarlo todo mientras se acercaba el momento de despedirme. Así hicimos algunas paradas de metro más tarde, hablando ya de otras historias y preocupaciones propias del trabajo y las vivencias de cada día. Pero lo cierto es que, una vez nos hubimos separado camino de nuestros propios destinos, la historia de Avelino Pajarón volvió a mí, y supe con certeza que debía dar fe de la misma de alguna manera; para bien de mi consciencia, de la de Nuri, de la de Loli, y quizás también de la de Avelino, quien si alguna vez pudiera ver

reflejado en estas líneas un pequeño episodio de su vida, de aparente intrascendencia, quizás comprendiese así que no sólo sus manos de médico han sido, en ocasiones, portadoras de la felicidad y satisfacción de sus pacientes. Y es que no sólo de las manos de un buen cirujano viven aquellos que lo adoran.

Esta historia está basada en un hecho real. Cualquier parecido con la realidad es cierto. Se han cambiado los nombres de los protagonistas para proteger su intimidad, exceptuando el del principal, por razones obvias que no estimo necesario explicar. Si alguna vez lo leyere, se confía en que lo tomará con el humor, el desenfado y el cariño con que se le ha retratado a él y a su historia.

Paco Morata

la rosa cruel

un hombre cae al agua por la borda

hay un momento
de tenso desconcierto entre los compañeros
el ademán inútil de evitarlo
el estruendo del cuerpo contra el agua
como un timbal de espuma redoblando a muerte

la soledad más cierta
no hay nadie
que pueda socorrerlo
que quiera socorrerlo
dentro de la distancia donde alcanzan los gritos

un hombre ha caído por la borda

no podemos saber qué le ha empujado
un golpe de la mar o acaso un golpe
imprevisto de desesperación

no podemos saber lo que acontece
dentro de la cabeza de otro hombre

un hombre ha caído por la borda

la rosa cruel del mar con un abrazo
de pétalos de agua lo sofoca
le desgarran la piel con sus espinas
de insoportable frío arraigando en la carne

se apodera la sal de su mirada
le ocupa los pulmones
ahoga para siempre
la palabra en su boca
las voces de esperanza
al norte
dijo
al norte
persigamos la estela
de otra vida que llega
por los televisores
como la intermitente
llamarada de un faro que ilumina
el sueño primordial
escaparse del hambre
miento
escapar de la muerte

un hombre ha caído por la borda

estalla de su boca una burbuja
un pez de aliento sin escamas
la sorpresa que sale redonda de los labios
una ahogada plegaria
que se encabalga al viento insensible que huye
buscando las arenas
la sombra de las tapias de adobe y las acacias
los párpados dormidos de la amada

un hombre ha caído por la borda

un episodio aislado
millas de mar adentro
a quién puede importarle
enciende cotidiano el sol su funeraria
pira crepuscular donde incinera
los excesos del día
sosiega la conciencia
antes de que la noche encubra la tragedia
y ciña con su lazo de horca las gargantas

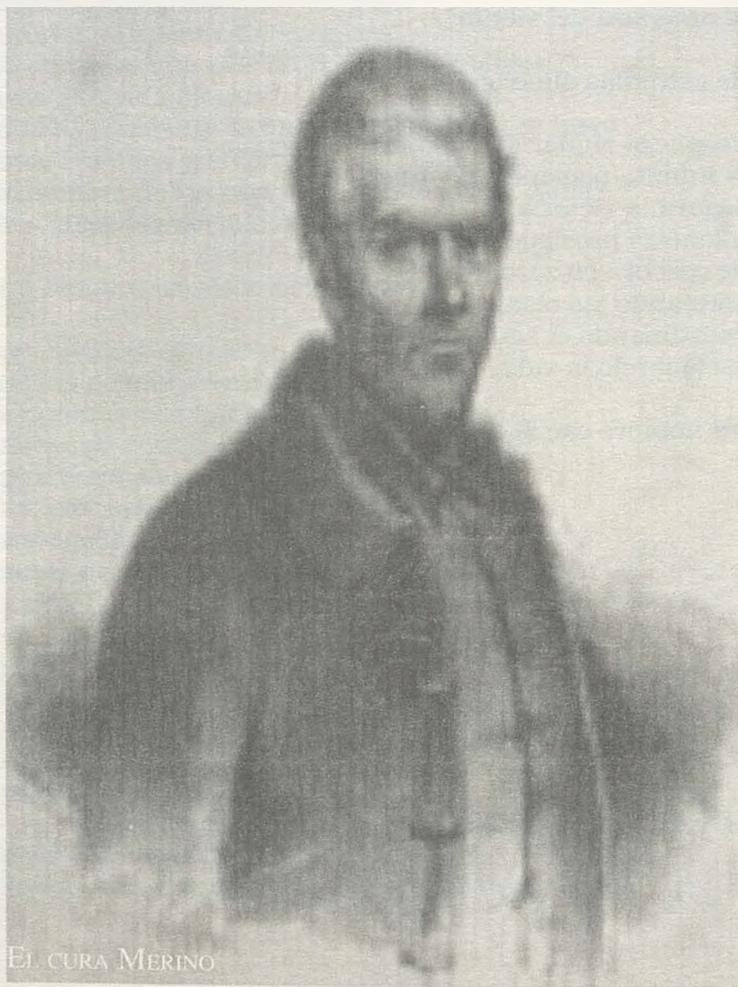
un hombre ha caído por la borda

se oye el silencio helado a bordo de la barca
se humillan las miradas
para ocultar el miedo
las palabras
para esconder el llanto
se escucha cómo crujen podridas las cuadernas

la amenaza del viento
mano armada
de extremas dimensiones

despliega el mar su trampa inabarcable
la infinita paciencia de quien tiene
segura la victoria
mientras prosigue el viaje
de zozobra en zozobra
sorteando las olas
escatimando el agua
racionando la vida

un hombre cae al agua por la borda



EL CURA MERINO

Enrique Galindo

el mar en la mirada

Expone que se le metió el mar en los ojos, que tanta fue el agua salada que brotó y tanta el agua que entró, que le cambió el color. También relató en su declaración que no pretendió suplantar a nadie, y menos meter el miedo dentro del corazón de nadie. Todo lo que ocurrió fue ajeno a ella y su única culpa llorar mirando al mar. Narró, asimismo, que la enemistad con la esposa de su padre -aclaramos: su madrastra-, era sólo unilateral, que ella nunca le deseó mal alguno y menos aún la muerte. Ella quiso, como único deseo, el ser libre; y su pecado el atraer al océano a sus ojos.

La cónyuge de su padre, Antonia, según parece, desde siempre mantuvo envidia de su hijastra, por ser hija de la anterior esposa, rival declarada, en la vida y en el cortejo, de la finada, a la cual se parecía misteriosamente, salvo, claro queda, en el color de los ojos y otros pequeños matices. Ésta, según la declarante, la oprimió, ninguneó y retiró todo tipo de trato y favor, a fin de hacerle la vida imposible y obligarle a abando-

nar el hogar paterno. El día de autos, la dicente, harta de «llevar cruz y penitencia», tras un encuentro rudo y plegado de vejaciones por parte de la interfecta, corrió al faro y allí lloró, gimió, suspiró y berreó, hasta que el mar, de tanto entrar y salir de su retina volcó el color marrón claro en azul grisáceo, exactamente igual que los ojos de la madre. No sólo fue este el fenómeno acontecido, todo en palabras de Celeste en su declaración ante este secretario, sino que el sol amorenó su piel, volvió su cabello castaño en rubio y la ira contra su cabello lo soltó de su cola y desordenó.

Y esa fue la aparición espectral que se moldeó frente a Antonia Gutiérrez, esposa de Jacobo Buendía, y que le originó el óbito por Infarto de Miocardio.

experimento

Se dirigió, pausado, a la vía ferroviaria con el designio de perpetrar el experimento. Se sentó oteando el horizonte donde las dos líneas brillantes juntaban su perspectiva. Ya tumbado apenas sintió el duro acero por donde cabalgarían las ruedas. Recordó el viaje de su vida en un itinerario de ráfagas en las que se deslizaban seres queridos y odiados, combinados con colores y temperaturas: sus exnovias, su exmadre, su exjefe, sus exvarios. Pasó el rayo gigante de metal sobre pies y cabeza.

No frenó. No disminuyó su fuerza. ¿Es que no lo había visto? Si iba vestido de rojo, como un presidiario del alba.

Levantó su imagen y se alejó flotando. Una leve memoria le soplabla en la oreja derecha que era verdad, que ya se había olvidado del día anterior, cuando preparaba la cena y abrió el gas para aderezar un huevo con patatas.

las voces

Escuchó una voz dentro de su cabeza, un poco más arriba de la ceja izquierda, que le decía lo que debía hacer en cada caso. Era rasgada. Se sumó una segunda, tersa, invariablemente recomendaba lo contrario de la primera voz, desde la atalaya frontal. Cuando la costumbre de aguantar las peleas a dos voces se instauró, una tercera vino a perturbar sus sueños, siempre a las tres en punto de la madrugada, recriminándole que durmiera sin escrúpulos. Era una voz rota. La siguiente entró en escena gimiendo y lamentando que no la escuchara, que nadie en el orbe la atendiera. Tras cerrar puertas y oídos a las señales, una quinta, redonda y blanca, le insultaba cuando preparaba las comidas del día, especialmente si estas llevaban tomate. Otra adoptó el hábito de inspirarle poemas, sibilina y lírica, Le siguió la amezadora, la riente, la mentirosa...

Cuando superaron la treintena dejaron de atosigarle y dio comienzo, entre ellas la batalla por el poder. Sus ataques, aderezados con rechinar de sables y risas históricas, fueron increscendo. La batalla final se decidió en un campo de hostilidades entre los dos hemisferios. No quedó ninguna.

ÍNDICE	PÁGINA
MARTÍN LUCÍA.....	7
JESÚS MORATA MOYA.....	15
LOLA LÓPEZ DÍAZ.....	25
J. LUIS CALVO.....	28
BEATRIZ GONZÁLEZ GALLEGO.....	32
ANDRÉS ORTEGA MARTÍNEZ.....	34
JUAN CARLOS RODRÍGUEZ BÚRDALO.....	40
ÁNGEL DEL VALLE NIETO.....	42
ANTONIO J. L. CONTRERAS MARÍN.....	44
JESÚS PINO.....	47
CONCHA GONZÁLEZ-NIETO.....	50
MARÍA ANTONIA RICAS PECES.....	53
ANTONIO ILLÁN.....	58
INMACULADA GÓMEZ VERA.....	64
JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO.....	70
VANESSA JIMÉNEZ GARCÍA.....	80
REYES SANTIAGO OSTOS.....	86
JOAQUÍN COPEIRO.....	90
RAFAEL J. PASCUAL.....	99
PACO MORATA.....	108
ENRIQUE GALINDO.....	113



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA

